


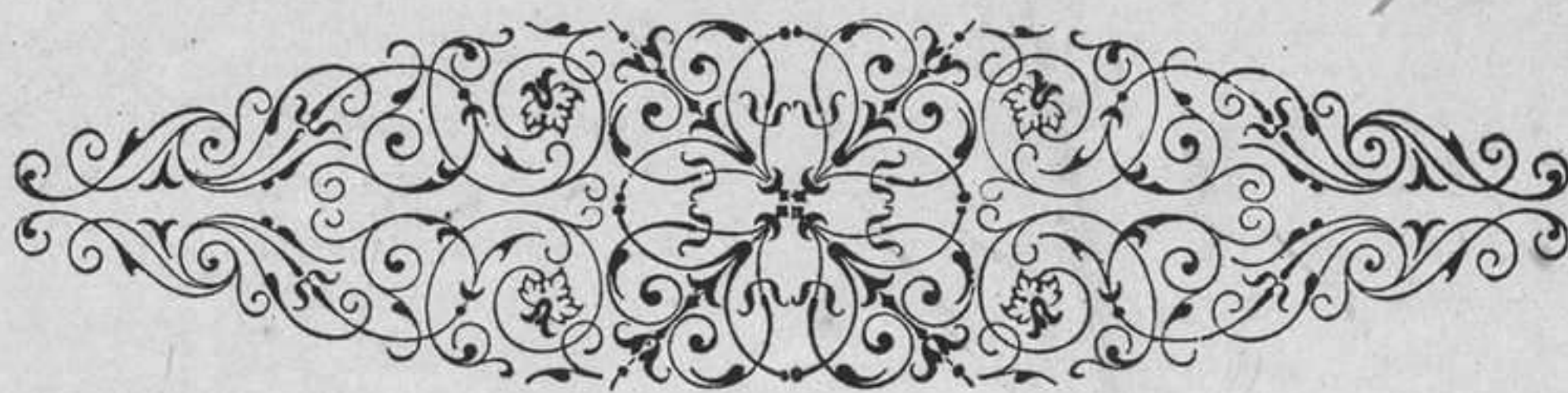
EL

R. V. Leduc


CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA

TOMO TRIGÉSIMONONO



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES-PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4

1872

DE LAS MATERIAS Y GRABADOS
CORREO DE ULTRAMAR

PORTE ULTRAMARINA ILUSTRADA
CORREO DE ULTRAMAR

TOZIO FIGUEROA



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

N. DE LAS MATERIAS Y GRABADOS

TASAS Y PRECIOS

1873

INDICE

DE LAS MATERIAS Y GRABADOS

DEL TOMO TRIGÉSIMONONO

DEL

CORREO DE ULTRAMAR

	Págs.		Págs.		Págs.
Número 989.					
Poesías.	1	Poesías.	39	Don Bonifacio de Blas (grabado).	85
Ceremonia conmemorativa de los combates de Epinau, el 2 de diciembre de 1871 (grabado).	id.	1870 — 1871 (grabados).	id.	Revista de Paris.	86
Desarrollo de la población en España.	3	¿Qué hará de ello?.	42	Un viaje de vieja, por Manuel Concha.	87
Alejandro Dumas (grabado).	id.	Los frios en Paris (grabados).	45	Francia pintoresca (grabados).	id.
Ceremonia conmemorativa de la batalla de Champigny (grabado).	4	Bernabé Rudge.	46	Bernabé Rudge.	90
Revista de Paris.	6	Francia pintoresca (grabados).	48	Los trineos en los Estados Unidos (grabado).	91
Un viaje de vieja, por Manuel Concha.	7	Número 992.			
Las Bebidas (grabados).	8	Inauguración del ferrocarril de la Liguria (grabado).	49	M. Vautrin (grabado).	97
¿Qué hará de ello?.	10	Revista española.	50	La Internacional.	id.
La Navidad en Inglaterra (grabados).	12	La caza de pajarillos en tiempo de nieve (grabado).	54	Las Perlas.	99
Bernabé Rudge.	14	La Commune en Londres (grabado).	id.	Teatro de la Gaité: El <i>Roi Carotte</i> (grabados).	100
El país de los mormones (grabados).	15	Revista de Paris.	id.	Ferrocarril de Niza a Génova (grabado).	101
Número 990.					
El príncipe de Gales (grabado).	18	El doctor Tanto Mejor y el doctor Tanto Peor, por Bertall (grabados).	56	Revista de Paris.	102
Discurso del señor Cánovas del Castillo, en el Ateneo de Madrid.	id.	Bernabé Rudge.	58	Un viaje de vieja, por Manuel Concha.	103
Francia pintoresca (grabados).	19	Los omnibus de Paris (grabado).	59	Cuadros de viaje (grabados).	id.
Revista de Paris.	22	¿Qué hará de ello?.	62	Los prisioneros de la Commune (grabado).	106
Un viaje de vieja, por Manuel Concha.	23	Cuadros de viajes (grabados).	64	Bernabé Rudge.	id.
Los prisioneros de la Commune en Versalles (grabado).	id.	Número 993.			
La caza de búfalos en el ferrocarril del Pacífico (grabado).	25	El día de Año nuevo en Versalles (grabado).	66	Buenos Aires (grabados).	107
Bernabé Rudge.	26	Estudios histórico-críticos sobre el teatro.	id.	Francia pintoresca: Usos y costumbres de la Baja Bretaña (grabados).	id.
La caza, actualidades por Cham (grabados).	28	Poesía.	67	¿Qué hará de ello?.	110
¿Qué hará de ello?.	30	Jorge Aubry (grabado).	68	Problemas de ajedrez (grabado).	112
Manuel Pardo, candidato a la presidencia de la República peruana (grabado).	32	La elección del 7 de enero en Paris (grabados).	id.	Monumento elevado a la memoria de M. Ingres, en Montauban (grabado).	id.
Problemas de ajedrez (grabado).	id.	Revista de Paris.	70	Número 996.	
Medalla regalada a sir Ricardo Wallace, por la alcaldía del IX distrito de Paris (grabado).	id.	Un viaje de vieja, por Manuel Concha.	71	Sucesos de Argelia (grabados).	113
Número 991.					
Don Pedro II, emperador del Brasil (grabado).	33	La fiesta de Reyes en 1871 (grabado).	74	Estudio sobre la importancia e influencia de la imaginación.	114
Discurso del señor Cánovas del Castillo en el Ateneo de Madrid.	34	Bernabé Rudge.	id.	Las Perlas.	115
Un viaje de vieja, por Manuel Concha (grabados).	35	Belfort (grabados).	75	M. Lerebours, nuevo cura de la Magdalena (grabado).	116
Teatro de los Bufos Parisienses (grabado).	37	Los Hermanos de las Escuelas cristianas durante la guerra de 1870-1871 (grabados).	77	Ceremonia conmemorativa en honor de los soldados muertos durante el sitio de Paris (grabado).	117
Revista de Paris.	38	¿Qué hará de ello?.	78	Revista de Paris.	118
Número 994.					
		Problemas de ajedrez (grabado).	80	Poesía.	id.
		El perro de aguas (grabado).	id.	Un viaje de vieja, por Manuel Concha.	119
		Número 995.			
		La <i>Devastacion</i> (grabado).	81	Cuadros de viaje (grabados).	120
		La Internacional.	82	Bernabé Rudge.	122
		Los ensayos del <i>Roi Carotte</i> en el teatro de la Gaité (grabados).	83	Los prisioneros de la Commune (grabados).	123

	Págs.
¿Qué hará de ello?	126
El Establecimiento del Buen Pastor (grabado)	128

Número 997.

La catástrofe del puente de Bragüe y la catástrofe de la montaña del Castillo en Niza (grabados)	129
Estudio sobre la importancia é influencia de la imaginación	130
Un viaje de vieja, por Manuel Concha	131
Aniversario del 28 de enero (grabado)	133
Revista de Paris	134
Exposicion Universal Argentina	135
Los prisioneros de la Commune en Versalles (grabado)	136
Accidente de caza (grabado)	138
Bernabé Rudge	id.
Cuadros de viaje (grabados)	139
Actualidades, por Bertall (grabados)	141
¿Qué hará de ello?	142
La Hungría (grabados)	143

Número 998.

La aurora boreal del 4 de febrero de 1872 (grabado)	146
Revista española	id.
Vuelco de la diligencia de Niza á Coni, el 25 de enero (grabado)	148
Tipos y fisonomías de Paris: Los jugadores de bochas (grabado)	149
Revista de Paris	150
Cuadros de viaje (grabados)	151
¿Qué hará de ello?	154
El canal de Ismailieh (grabados)	158
Bernabé Rudge	id.
Francia pintoresca (grabados)	159

Número 999.

La direccion de los globos: Experiencia de M. Dupuy de Lôme (grabados)	162
Exposicion Universal Argentina	id.
Recuerdos de la guerra (grabados)	166
Revista de Paris	id.
La cuestion del <i>Alabama</i> (grabados)	167
Bernabé Rudge	170
Costumbres alsacianas (grabado)	171
Paris pintoresco: El mercado de los caballos (grabado)	174
¿Qué hará de ello?	id.
Servicio fúnebre celebrado en la Escuela militar de Saint-Cyr (grabado)	176

Número 1,000.

La instruccion obligatoria en Francia (grabados)	178
Estética	id.
Sucesos de Argelia (grabado)	179
Revista de Paris	182
Poesía: Una aurora sobre el mar	183
Cuestion del <i>Alabama</i> : Memorandum de Inglaterra	id.
El conde de Paris (grabado)	184
La condesa de Paris (grabado)	185
Bernabé Rudge	186
República Argentina (grabados)	187
Direccion de los globos: La <i>nacelle</i> del globo de M. Dupuy de Lôme (grabado)	189
¿Qué hará de ello?	190
Los arquitectos Duban y Vaudoyer, miembros del Instituto de Francia (grabados)	192
Problemas de ajedrez (grabado)	id.

Número 1,001.

La suscripcion nacional en Francia (grabado)	193
Cuestion del <i>Alabama</i> : Memorandum de Inglaterra	194
Poesía	195
El Japon (grabados)	196
Revista de Paris	198
Apuntes históricos	199
El lord corregidor de Londres en Paris (grabado)	id.
Francia pintoresca (grabado)	200
Paris pintoresco (grabado)	202
Bernabé Rudge	id.
Trajes del canton de Berna (grabados)	206
¿Qué hará de ello?	id.
El Banco de Francia (grabado)	207

Número 1,002.

Los aduaneros del Jura (grabados)	210
Revista española	id.
El doctor Laugier (grabado)	213
La causa de Janvier de La Motte (grabado)	214
Revista de Paris	id.
Apuntes históricos	215
La fiesta nacional de accion de gracias en Londres (grabados)	id.
Bernabé Rudge	218
La cueva de Benidoleig	219
Ejercicios militares en los liceos y los colegios de Francia (grabado)	id.
Cercanías de Paris (grabado)	221
¿Qué hará de ello?	222
Problemas de ajedrez (grabado)	224
Nuevas adquisiciones del Jardin de Plantas (grabado)	id.

Número 1,003.

La pérdida del Ródano (grabados)	226
Apuntes históricos	id.
Poesía	227
El contrabando en el Jura (grabado)	id.
Revista de Paris	230
Memoria por don J. E. Hartzzenbusch	231
La nueva patria de los trasportados franceses (grabados)	232
¿Qué hará de ello?	234
Manifestaciones de la ciudad de Lila (grabado)	235
Actualidades, por Bertall (grabados)	237
La cueva de Benidoleig	238
Problemas de ajedrez (grabado)	240
El fascolomo (grabado)	id.

Número 1,004.

José Mazzini (grabados)	241
Memoria por don J. E. Hartzzenbusch	242
El doctor Nélaton (grabado)	244
Revista de Paris	246
Salvamento de naufragos	247
Museo de Nápoles: La Taza Farnesiana (grabados)	248
¿Qué hará de ello?	250
Teatro del Chatelet (grabado)	252
Embelllecimientos de Paris (grabado)	253
La cueva de Benidoleig	id.
El Sol (grabados)	256

Número 1,005.

Los funerales de Mazzini en Génova (grabado)	258
Memoria por don J. E. Hartzzenbusch	id.
Salvamento de naufragos	259
Exposicion de las obras de Regnault en la Escuela de Bellas Artes de Paris (grabados)	261
Revista de Paris	262
Poesía	263
Estudios frenológicos, fisionomónicos y demás, por Cham (grabados)	264
La Cueva de Benidoleig	266
M. Cochín (grabado)	267
El 18 de marzo en Londres (grabado)	268
Francia pintoresca (grabados)	269
¿Qué hará de ello?	270
Problemas de ajedrez (grabado)	272
La Puerta Nacional en Estrasburgo (grabado)	id.

Número 1,006.

La Puerta Nacional en Estrasburgo (grabado)	273
El filósofo español tomista, fray Ceferino Gonzalez	id.
Paris pintoresco: El comercio de los materiales de las demoliciones (grabado)	275
Tribunal de Assises del Sena (grabado)	277
Revista de Paris	278
Historia de dos bofetones	279
La causa de los republicanos alemanes (grabados)	280
Las obras de canalizacion de la pérdida del Ródano (grabado)	282
La cueva de Benidoleig	id.
Viajes: Abisinia (grabados)	284
¿Qué hará de ello?	286
Problemas de ajedrez (grabado)	288
Monumento consagrado en la capilla del colegio Rollin, á los alumnos muertos en la última guerra (grabado)	id.

Págs.

Número 1,007.

Fiestas filantrópicas en San Eustaquio (grabado)	289
Revista española	290
Las fiestas nacionales de Holanda (grabados)	293
Revista de Paris	294
Historia de dos bofetones	295
Ceremonia de la colocacion de la primera piedra del monumento conmemorativo de la independencia holandesa (grabado)	296
El robo del ferro-carril de Andalucía (grabado)	297
La cueva de Benidoleig	298
El palacio municipal del Havre (grabado)	299
Viajes: Abisinia (grabados)	301
¿Qué hará de ello?	302
Problemas de ajedrez (grabado)	304
El cercado de la calle de Haxo (grabado)	id.

Número 1,008.

Buenos Aires (grabados)	306
Academia española: Discursos leídos en la recepcion pública de don Vicente Palmaroli	id.
Fiestas de la Brielle (grabados)	308
Revista de Paris	310
Poesía	id.
El palacio del Eliseo (grabados)	311
¿Qué hará de ello?	314
La exposicion internacional de Lyon (grabado)	315
La muralla de la China (grabado)	317
La avenida de los animales de piedra que conduce á los sepulcros de los emperadores (grabado)	id.
La cueva de Benidoleig	318
El Rosario de Haydn ó el canto del cisne	319
Monumento elevado en Lausana á la memoria de los soldados franceses (grabado)	320

Número 1,009.

Los prusianos en Belfort (grabados)	322
Academia española	id.
El Foro romano (grabado)	326
Revista de Paris	id.
Poesía	327
El palacio del Eliseo (grabados)	329
Exposicion de los dibujos y cuadros de M. E. Bertin en la Escuela de Bellas Artes de Paris (grabado)	330
La cueva de Benidoleig, novela original histórica	id.
El Rosario de Haydn ó el canto del cisne	331
Esqueleto de troglodita encontrado cerca de Menton (grabados)	332
Actualidades parisienses, por Bertall (grabados)	333
¿Qué hará de ello?	334
Samuel Morse (grabado)	336
Problemas de ajedrez (grabado)	id.

Número 1,010.

Los príncipes de Orleans (grabados)	337
Academia española	338
Páginas marinas	339
Ernesto Laugier (grabado)	340
España: Partida de carlistas en los montes de Navarra (grabado)	id.
Suscripcion patriótica (grabado)	342
Revista de Paris	id.
Poesía	343
Demolicion de las fortificaciones y de la ciudadela de Estrasburgo (grabados)	344
¿Qué hará de ello?	345
La Nueva Caledonia (grabados)	348
El Rosario de Haydn ó el canto del cisne	350
M. Teisserenc de Bort, ministro francés de Agricultura y Comercio (grabado)	352

Número 1,011.

Manifestacion anti-prusiana en Estrasburgo (grabado)	354
Revista española	id.
La erupcion del Vesubio (grabado)	355
Los campamentos de las cercanías de Paris (grabado)	358
Revista de Paris	id.
Poesía: La Cariteña	359
Fiestas en Nantes á beneficio de la obra de la liberacion del territorio (grabado)	360

Págs.

El Rosario de Haydn ó el canto del cisne.	Págs. 362
El conde de Aranda.	363
La Nueva Caledonia (grabados).	id.
Ciervos en el restrojo, composicion y dibujo de Karl Bodmer (grabado).	365
¿Qué hará de ello?.	366
Exposicion de Bellas Artes de 1872 (grabado).	368
Problemas de ajedrez (grabado).	id.

Número 1,012.

Don Sebastian de Goyeneche y Barreda, arzobispo de Lima (grabados).	370
Treport y la ciudad de Eu (grabado).	371
La insurreccion carlista en España (grabados).	id.
Revista de Paris (grabado).	374
Poesías.	375
Nuevas adquisiciones del Jardin de Plantas de Paris (grabado).	378
El conde de Aranda.	id.

La Nueva Caledonia (grabados).	Págs. 381
¿Qué hará de ello?.	382

Número 1,013.

La causa del mariscal Bazaine (grabado).	386
Poesía.	id.
La insurreccion carlista (grabados).	390
Revista de Paris.	id.
M. Drouyn de Lhuys, antiguo ministro de Negocios extranjeros.	391
Exposicion universal de Lyon (grabado).	id.
Pericia geográfica de Miguel de Cervantes.	394
Exposicion de Bellas Artes (grabados).	395
Inauguracion de la estatua del cardenal Gousset en Reims (grabado).	397
¿Qué hará de ello?.	398
El plebiscito suizo del 12 de mayo (grabado).	399
Problemas de ajedrez (grabado).	400

Aviso á los suscritores de la Parte Literaria Ilustrada.	Págs. 400
--	-----------

Número 1,014.

Sucesos de España (grabados).	401
Revista española.	402
Exposicion de Bellas Artes (grabados).	406
Revista de Paris.	id.
El conde de Aranda.	407
El Cham-el-Nesim (grabado).	410
La Francia pintoresca (grabado).	id.
Pericia geográfica de Miguel de Cervantes.	id.
La <i>rosière</i> de Nanterre (grabado).	411
Actualidades, por Bertall (grabados).	413
¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer.	414
<i>Tarde de invierno</i> , cuadro por M. Emilio Breton (grabado).	416

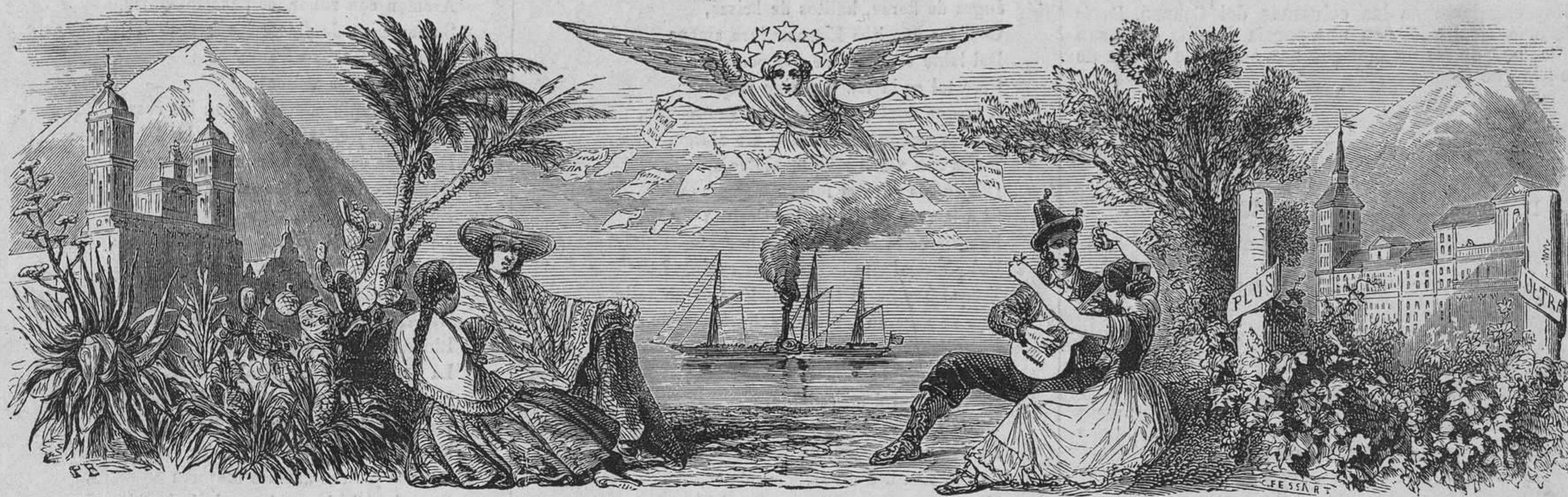


101	Exposición de Bellas Artes (Argentina)	101	Exposición de Bellas Artes (Argentina)
102	Exposición de Bellas Artes (Brasil)	102	Exposición de Bellas Artes (Brasil)
103	Exposición de Bellas Artes (Chile)	103	Exposición de Bellas Artes (Chile)
104	Exposición de Bellas Artes (Colombia)	104	Exposición de Bellas Artes (Colombia)
105	Exposición de Bellas Artes (Cuba)	105	Exposición de Bellas Artes (Cuba)
106	Exposición de Bellas Artes (Ecuador)	106	Exposición de Bellas Artes (Ecuador)
107	Exposición de Bellas Artes (El Salvador)	107	Exposición de Bellas Artes (El Salvador)
108	Exposición de Bellas Artes (España)	108	Exposición de Bellas Artes (España)
109	Exposición de Bellas Artes (Estados Unidos)	109	Exposición de Bellas Artes (Estados Unidos)
110	Exposición de Bellas Artes (Francia)	110	Exposición de Bellas Artes (Francia)
111	Exposición de Bellas Artes (Guatemala)	111	Exposición de Bellas Artes (Guatemala)
112	Exposición de Bellas Artes (Haití)	112	Exposición de Bellas Artes (Haití)
113	Exposición de Bellas Artes (Honduras)	113	Exposición de Bellas Artes (Honduras)
114	Exposición de Bellas Artes (Italia)	114	Exposición de Bellas Artes (Italia)
115	Exposición de Bellas Artes (Jamaica)	115	Exposición de Bellas Artes (Jamaica)
116	Exposición de Bellas Artes (México)	116	Exposición de Bellas Artes (México)
117	Exposición de Bellas Artes (Nicaragua)	117	Exposición de Bellas Artes (Nicaragua)
118	Exposición de Bellas Artes (Paraguay)	118	Exposición de Bellas Artes (Paraguay)
119	Exposición de Bellas Artes (Perú)	119	Exposición de Bellas Artes (Perú)
120	Exposición de Bellas Artes (Puerto Rico)	120	Exposición de Bellas Artes (Puerto Rico)
121	Exposición de Bellas Artes (República Dominicana)	121	Exposición de Bellas Artes (República Dominicana)
122	Exposición de Bellas Artes (Uruguay)	122	Exposición de Bellas Artes (Uruguay)
123	Exposición de Bellas Artes (Venezuela)	123	Exposición de Bellas Artes (Venezuela)
124	Exposición de Bellas Artes (Argentina)	124	Exposición de Bellas Artes (Argentina)
125	Exposición de Bellas Artes (Brasil)	125	Exposición de Bellas Artes (Brasil)
126	Exposición de Bellas Artes (Chile)	126	Exposición de Bellas Artes (Chile)
127	Exposición de Bellas Artes (Colombia)	127	Exposición de Bellas Artes (Colombia)
128	Exposición de Bellas Artes (Cuba)	128	Exposición de Bellas Artes (Cuba)
129	Exposición de Bellas Artes (Ecuador)	129	Exposición de Bellas Artes (Ecuador)
130	Exposición de Bellas Artes (El Salvador)	130	Exposición de Bellas Artes (El Salvador)
131	Exposición de Bellas Artes (España)	131	Exposición de Bellas Artes (España)
132	Exposición de Bellas Artes (Estados Unidos)	132	Exposición de Bellas Artes (Estados Unidos)
133	Exposición de Bellas Artes (Francia)	133	Exposición de Bellas Artes (Francia)
134	Exposición de Bellas Artes (Guatemala)	134	Exposición de Bellas Artes (Guatemala)
135	Exposición de Bellas Artes (Haití)	135	Exposición de Bellas Artes (Haití)
136	Exposición de Bellas Artes (Honduras)	136	Exposición de Bellas Artes (Honduras)
137	Exposición de Bellas Artes (Italia)	137	Exposición de Bellas Artes (Italia)
138	Exposición de Bellas Artes (Jamaica)	138	Exposición de Bellas Artes (Jamaica)
139	Exposición de Bellas Artes (México)	139	Exposición de Bellas Artes (México)
140	Exposición de Bellas Artes (Nicaragua)	140	Exposición de Bellas Artes (Nicaragua)
141	Exposición de Bellas Artes (Paraguay)	141	Exposición de Bellas Artes (Paraguay)
142	Exposición de Bellas Artes (Perú)	142	Exposición de Bellas Artes (Perú)
143	Exposición de Bellas Artes (Puerto Rico)	143	Exposición de Bellas Artes (Puerto Rico)
144	Exposición de Bellas Artes (República Dominicana)	144	Exposición de Bellas Artes (República Dominicana)
145	Exposición de Bellas Artes (Uruguay)	145	Exposición de Bellas Artes (Uruguay)
146	Exposición de Bellas Artes (Venezuela)	146	Exposición de Bellas Artes (Venezuela)



EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — TOMO XXXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 31. — N° 989.

SUMARIO.

Poesías. — Ceremonia conmemorativa de los combates de Epinay, el 2 de diciembre de 1871; grabado. — Desarrollo de la población en España. — Alejandro Dumas; grabado. — Ceremonia conmemorativa de la batalla de Champigny; grabado. — Revista de Paris. — Un viaje de vieja, por Manuel Concha. — Las Bebidas; grabados. — ¿Qué hará de ello? — La Navidad en Inglaterra; grabados. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — El país de los mormones; grabados.

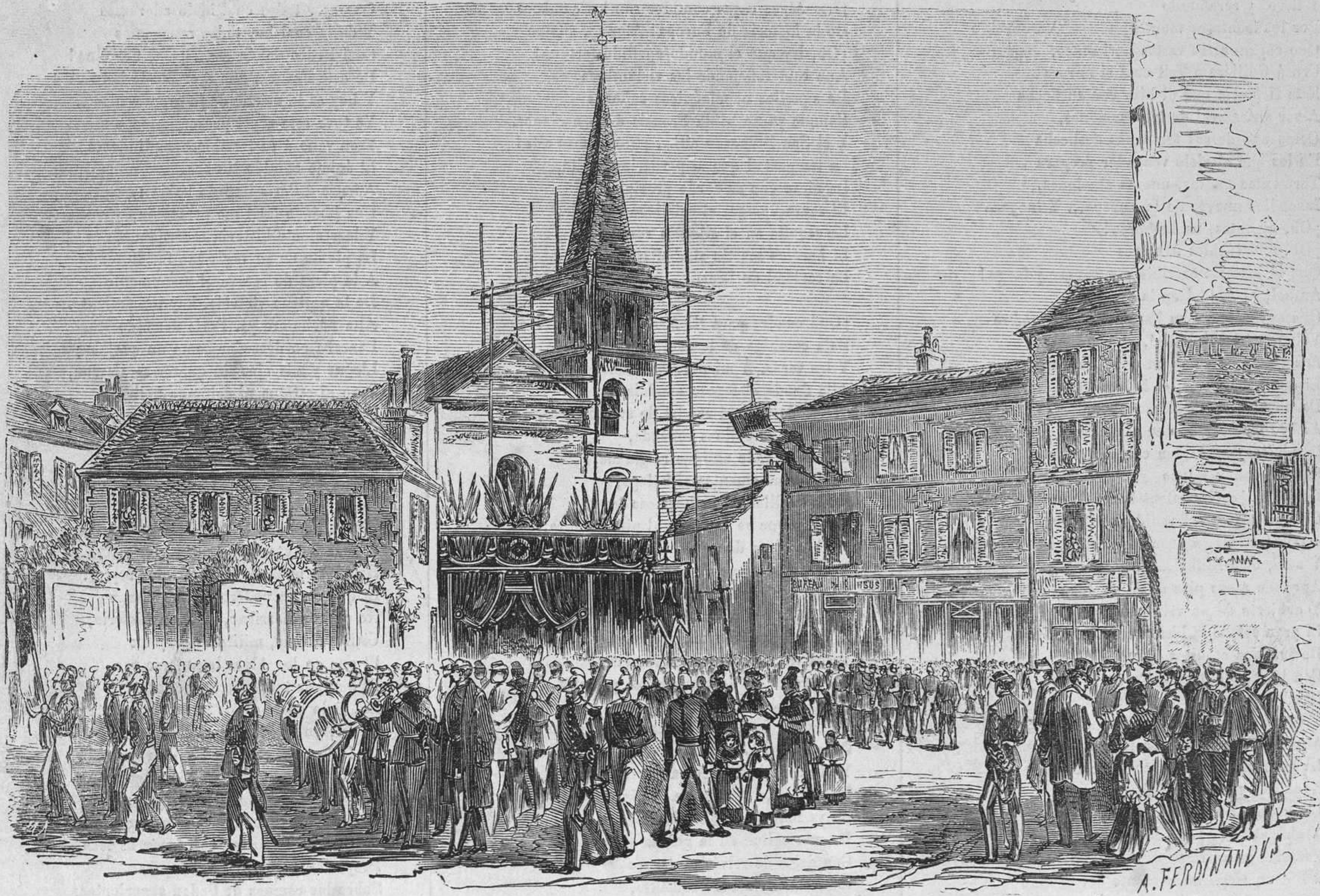
Poesías.

Está en prensa un libro que será saludado con entusiasmo por los amantes de la gaya ciencia: el tomo que contiene las primeras poesías del inspirado y simpático Bardo señor don Gabriel García Tassara. Luego seguirá otro: «La muerte de la Europa,» poema que marcará una época gloriosa en los fastos de la literatura española.

Inútil se hace toda recomendación: el señor Tassa-

ra es tan popular y querido en España como en América. Como Poeta, su entonación vigorosa, lo dulce y correcto de sus versos, la elevación de sus pensamientos, el altísimo estro que lo anima, le han señalado desde años atrás el primer puesto entre los Poetas de la Península. El autor del «Desvelo,» de los cantos del Dante, de Atila, Mirabeau, es el Goethe de la raza latina.

A esto se agrega que como caballero, es cumplidísimo el señor Tassara; y ya Pascal lo ha dicho: «Lo que da dignidad al talento es el carácter.» Español



Ceremonia conmemorativa de los combates de Epinay, el 2 de diciembre de 1871.

amante sincero de su Patria, no por eso, y á causa de ello mismo, es el mas decidido amigo que tengan las Repúblicas hispano-americanas.

Como diplomático, sabido es el aprecio, la profunda estimación que de él se hizo en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña, donde brilló como embajador de España. M. Seward se honraba con su amistad y le dió públicos testimonios de estima y respetuosa consideración.

Hoy engalanamos las columnas del CORREO, *Parte Literaria Ilustrada*, con una poesía inédita del gran Poeta, una de las últimas que han salido de su lira de oro; la que sigue:

Á LA INSIGNE POETISA

DOÑA CAROLINA CORONADO DE PÉRRY.

Ginebra, agosto 1871.

Entre las grandes sombras
De Calvino, aquel fiero
Sectario, mas Lutero que Lutero;
De Descartes que á escombros reducía
El trono de la antigua teología;
De Voltaire, de Rousseau, sus sucesores,
Y como ellos tambien demoleedores
De esta feudal, de esta papal Europa
Que hoy apura las heces de su copa,
De Corina inmortal, musa del siglo,
De Byron, aquel héroe, aquel vestigio
De esta desoladora descreencia
Con que hoy lucha en el mundo la conciencia;
Entre estos genios cuyos grandes nombres
Aun suenan en la mente de los hombres,
Dominando con eco prepotente
Las tempestades de la edad presente,
He pasado la noche... Esta es Ginebra;
Aquí el gran cetro de la fe se quiebra:
Verdadero volcan del pensamiento
Que de la Europa quebrantó el cimientó.
Todos, sí, todos por aquí pasaron
Y á otra generacion desde aquí hablaron.
Y de mí levantáronse delante,
Y ¿dónde, les clamé, dónde va el mundo?
Y ellos me respondieron: Adelante.
Y fiero y errabundo
Por los fronteros montes
Que cortan estos vastos horizontes,
Cruzó Guillermo Tell cual si mirara
Esta Helyecia que él hizo con su flecha
A ser antemural de tres naciones,
Como uno de sus tímpanos deshecha
En los que el ciclo vengador prepara
Tormentas nuevas, nuevos aluviones,
Incendios nuevos de la Europa... Y luego...
¡Oh, gigantes, no hombres!
¡Oh, formidables nombres
Que la historia escribió con sangre y fuego!
Aníbal, es Aníbal en la cumbre
Que oprimió con su heroica muchedumbre
Veinte y tres siglos há, que se levanta
A contemplar como en aquellos dias
El duelo á muerte, el holocausto horrendo
De pueblos y de razas, y extendiendo
Ambos los brazos, uno al Océano
Donde impera Albion con su tridente,
Otro al confin lejano
Donde se juntan Setentrion y Oriente,
Cual si ya viese el venidero estrago,
« ¡Otra Roma, » prorumpe. « Otra Cartago! »
Y otro, otro Aníbal... Napoleon... ¡Oh, pena!
Apagado á sus piés el sol de Jena
Y cubierto de un velo mortecino
El gran sol de la historia, el sol latino,
De sus ojos atónitos delante,
Con la espada germánica en el seno,
Rendida, desangrada, agonizante
Y ya arrancando de su flanco el Reno,
Aquella Francia que en triunfantes sonos
La gran nacion llamaron las naciones;
Napoleon con su ingénita tristeza
Contempla á Europa, dobla la cabeza,
Y ahogando el ¡ay! del pecho diamantino,
Exclama en su impertérrita agonía:
« Fui un ciego instrumento del destino
» Y cumplida está ya la profecía. »

Tales versos surgieron en mi mente
Al llegar, Carolina, á estos lugares,
Cual brota de entre peñas un torrente,
Que arrastra lo que encuentra en su vertiente,
Piedras, troncos y aludes seculares.
No son ¡ah! no, primaverales risas,
No son panales de estival colmena,
Jugos de flores, hálitos de brisas,
Cual los que liba Extremadura amena
Del labio seductor de sus poetisas.
Pero tal es la voz que algo responde
Á la que aquí en mi espíritu se esconde,
Y pues antigua deuda á tí me obliga,
Tuyos son y á tí van, mi dulce amiga.
¿Ni cuáles para sí fueran mejores
Si á la raza genial de las Corinas
Familiares le son como las flores
Del pensamiento humano las espinas?
Y aquí hay flores tambien. Este es un valle
Que se abre en larga y anchurosa calle
Entre los brazos del famoso Jura
Con el lago de Lemán por cintura;
Detrás, aquí á mi espalda,
Como almohadon de rústica esmeralda,
De sombrío verdor, de tinta oscura,
Con la risa del sol risueña ahora,
Una extensa montaña en cuya falda,
Despierto como el ave con la aurora,
Bebo el aire y la luz del nuevo dia
Cual si fuera una taza de ambrosía.
En derredor y enfrente,
Donde ví alborear al sol naciente,
Otro monte, otra sierra, no cual esta
Toda ella de bosque engalanada,
Mas de terriza y cegijunta cresta,
De pellones de nieve salpicada;
Y otras y otras detrás, y otras encima
En escala que al cielo se sublima,
Reverberando con su hielo eterno
El sol de estío como el sol de invierno,
Y formando en los ámbitos distantes
Plateadas y doradas cordilleras,
Coronadas de nubes flameantes,
Cual los petos y cascos y cimera
De un ejército inmóvil de gigantes.
¡Los Alpes con sus altas pesadumbres!
¡Los Alpes cuyas cumbres son las cumbres
De la historia de Europa! Alguna, alguna
¡Oh, ley que el mundo apellidó fortuna!
Aun está reflejando las vislumbres
De aquellos napoleónicos cañones
Conque ya no habla Francia á las naciones.
Y el San Bernardo allí... ¡Gloria mas alta!
La tempestad que al peregrino asalta,
La nieve con su sordo precipicio,
El santo monge, el religioso hospicio,
La esquila en el silencio resonando,
El heroico mastin simbolizando
La caridad de Dios...

¡Oh, Carolina!

¡Qué cuadro para tí! Mas, ¿y las flores?
Baja conmigo de la cumbre alpina
Y las verás. Á mi derecha mano,
Allá donde el fogoso meridiano
Vierte de todo el raudal de sus fulgores,
Ginebra, de colinas rodeada,
Cual la náyade antigua reclinada,
De las olas amantes al halago,
En las orillas de su hermoso lago:
Su lago que se extiende al pié del Jura,
Cual la cinta de un ramo de verdura,
Y ensanchándose al bóreas con los montes
Se confunde en los vastos horizontes:
Y el valle con sus senos y sus lomas,
Y su floresta de variadas tintas,
Y sus vides y mieses alternadas;
Y entre calles de albércigos y pomas
Limpías aldeas y lujosas quintas
Blanqueando por do quier como bandadas
De palomas posadas;
Y el arte aderezando la natura
En aquesta mansion en donde moro,
No ya feudal, anti-feudal castillo,
De una colina en la gozosa altura
Con galas de selvático decoro
Como afligido canastillo,
Ó ya cual canapé voluptuoso

De la divinidad de estos lugares,
Convidando al deleite y al reposo
En las horas del sol caniculares,
Vasta terraza en derredor cercada
De elegante y mármorea balaustrada,
Donde en lechos y arriates opulentos
Que recuerdan las fábulas idálias,
Asoman con rubor los pensamientos,
Se esponjan de placer las frescas dálias,
Irgue el clavel su frente
Como el amor ardiente,
Y en su regio ademan dicen las rosas
Que ellas y ellas no mas son las hermosas;
Donde la sangre de la madre tierra,
Manando á borbotones de la sierra
En sonoro raudal, mantiene viva
La varia copia de la flora estiva,
Mientras teje el otoño la corona
De la antigua Pomona;
Donde á templar la atmósfera sedienta,
Limpiando con su lluvia del verano
La veste aridecida y polvorienta,
En nubes que se tocan con la mano,
Pasa como un buitre la tormenta;
Donde en fin, Carolina, entre acopados
Álamos y otros árboles mayores
Que el suelo brota ó que la industria cria,
Brillan en flor arábigos granados
Que, aunque en ellos no cantan ruiseñores,
Me recuerdan en mi ausente Andalucía.

¿Qué mas te he de decir? Malgrado mio
Que con su ardiente sol prefiero á España,
Luchando por vencer á esta alimaña
Que me priva de gusto y albedrío,
Aquí me tienes lo que dure estío;
Y cuando allá en diciembre ó en enero,
Si ya en balde no espero,
Junto á esa tu amigable chimenea
Que, siendo tan moderna como eres,
Guarda algo aun de aquel hogar antiguo
Ante el cual con amor yo me santiguo
Como el menos moderno de los séres;
Cuando allá en nuestras noches discutamos
Si es viejo el mundo ó si aun está en la infancia,
Te diré de las cosas de esta Francia
Que ayer todos cual ídolo adoramos
Y de la cual hoy todos renegamos
Cual Pedro del Señor... ¡Oh, Carolina!
De esta Francia que ayer fué la heroína
Y hoy es la mártir de la grande idea...
Yo tuve este cruel presentimiento
Y en vano á su terrible cumplimiento
El ánimo afligido titubea.
Apenas á Paris llegado habia:
Una imágen fatal me perseguia,
Y la reciente historia recordando,
La planta en su vagar me fué llevando
A la plaza do estuvo el monumento
De la antigua victoria, hoy vencimiento.
Alta noche era ya. Paris dormido
Lanzaba en derredor como un quejido;
Llegué y mis ojos sin querer se alzaron,
Pero ni estatua ni columna hallaron.
Solo en la oscuridad se distinguia,
Fiero, mudo, solemne en su tristeza,
Aun de pié el pedestal. Me parecia
Que á mis plantas tenia
La Francia sin cabeza.
Pero allí estaba él... Él, el que en vano
Lanzar intentarán de su memoria
Rebeldes pueblos ó proscritos reyes:
El que de un pedestal mas soberano
No podrán derribar, el de la historia,
Civiles turbas, militares greyes:
El que en los Alpes levantarse veo,
El que por todas partes se levanta,
Del siglo en la cerviz puesta la planta:
Aquel, no el grande, el solo, el Prometeo
De la Europa caduca... Y de repente
Volvió Paris á arder, volvió el germano
Cañon á resonar, y á los fulgores
De aquellos incendiados monumentos
Que, como espectros con funéreas teas,
Proyectaban sus luces ciclopeas
Sobre los campos de Sedan sangrientos,
Y al son de aquella ronca artillería

Que tantas guerras á Occidente augura ;
 En su desierto pedestal volvía
 Á alzarse aquella típica figura,
 No de corona imperatoria orlada,
 No del manto cesáreo ataviada,
 Mas de aquel traje militar ceñida,
 Como en la mente le quedó esculpida
 Á Francia, á Europa, al universo entero
 Con el cincel de su fulmíneo acero.
 Se alzó y, « ¡Oh Europa! » prorumpió — y callado
 Todo quedó como si hablase el hado, —
 « ¿No recuerdas mi voz cuando al bramido
 » Del punto equinocial que en Santa Helena,
 » Cual fúnebre sirena
 » Acompañaba mi postrer gemido,
 » Eco ya de otra voz mas soberana
 » Que en mi remota soledad oía,
 » ¿Serás republicana
 » Ó cosaca serás, te repetía?
 » Medio siglo fué el plazo,
 » Y el plazo y la sentencia se han cumplido :
 » El mónstruo que se engendra en tu regazo,
 » Descubriéndote irá todo el sentido.
 » ¡La eterna ley! Así desaparecen
 » Los imperios del mundo. Así perecen,
 » No sólo las naciones,
 » Las civilizaciones.
 » Yo te puse, ¡oh Europa! en el camino :
 » ¿De qué me sirvió ver lo que veía?
 » ¡Fuí un ciego instrumento del destino
 » Y cumplida está ya la profecía! »

GABRIEL GARCÍA TASSARA.

Desarrollo de la poblacion en España.

Los siguientes datos indican de un modo harto curioso como la poblacion hispana ha ido creciendo desde el año 1482 en que se llevó á cabo un recuento por Alonso Quintanilla. Solo comprendió las provincias del reino de Castilla, y ascendió á 7.500,000 habitantes. Para formar idea de la poblacion total, hay que añadir á esta suma la de las provincias de Granada, Aragon, Valencia, Cataluña, Vizcaya, Alava, Guipúzcoa y Navarra. Tampoco hay seguras noticias del número de habitantes en ellas contenidos en dicha época : mas valiéndonos de los datos publicados por don Tomás Gonzalez, puede calcularse que toda la poblacion española era de..... 9.500,000
 Segun el censo formado en el año 1594, la poblacion habia ascendido á..... 8.622,742
 El año de 1619 los habitantes eran menos todavía, pues bajaron próximamente á 6.000,000
 En 1721, por la valuacion que hizo Ustariz en su teoría y práctica del comercio, la poblacion se habia elevado á.. 7.500,000
 En 1767, segun el censo formado entonces, era de..... 8.159,999
 En 1768, por el censo formado por orden del conde de Florida-Blanca..... 9.308,804
 Por el censo de 1787 resultaron..... 10.260,000
 En 1797 se hizo otro censo que arrojó.. 10.341,221
 En 1822 la poblacion era, segun el censo oficial..... 11.661,864
 En 1831 parecia haber bajado á..... 11.207,630
 En 1832 era solo de..... 11.158,274
 En 1833 apareció ser en número de..... 11.962,767
 En 1834 llegó hasta..... 12.119,739
 En 1836 descendió nuevamente al número de..... 11.870,413
 En 1836 volvió á elevarse á la cifra de.. 12.222,872
 En 18 de marzo de 1846 publicó el censo que sirvió de base para el cumplimiento de la ley electoral de aquella fecha, y manifestaba en las 49 provincias españolas una poblacion de..... 12.162,872
 El censo formado en el año de 1850 para el reemplazo del ejército, solo producía el de..... 10.942,280
 Segun el censo de 1857, la poblacion en las 49 provincias de la metrópoli era de 15.454,340
 El nuevo y último censo oficial, hoy vigente, practicado en 1860, aumenta aquel guarismo á..... 15.673,536
 Y por los datos oficiales que el gobierno tenia reunidos, procedentes de noticias mas imparciales que las del recuento, la poblacion aparece ser de.. 16.301,851
 Hoy, de seguro, si el censo se hubiese verificado en 1870, como está prevenido, sabríamos que la poblacion de la Peninsula española é islas adyacentes se eleva á..... 17.000,000

Alejandro Dumas.

¿Quién no recuerda todavía en Paris los primeros días del gran triunfo de la *Dame aux Camelias*? Hace ya veinte años, y, sin embargo, yo me acuerdo como si fuera ayer.

¡Qué de lágrimas en el teatro! ¡Y qué alegría en el público al ver que apuntaba de repente tan risueña y rosada, la aurora de un autor dramático! En vano murmuraban los fariseos y esparcian sus hipócritas quejas sobre aquella rehabilitacion de la cortesana, como si fuera glorificar á las mujeres perdidas el interesarnos por una de ellas en el instante en que se levanta de su abyeccion por la virtud de una pasion verdadera.

Cierto es que aquellos murmuradores yacian en el desierto. Todo el mundo se habia dejado arrastrar por el torrente.

Aquel drama fué una revolucion. En una época en que no se consideraba como buena ninguna pieza teatral que no estuviere fabricada con arreglo á la fórmula, que no arrancara de un punto preciso y por complicaciones conocidas y peripecias ciertas, marchara hácia un objeto determinado de antemano, se presentaba una obra que en el fondo no era otra cosa que una elegía.

Los hombres competentes se burlaban de aquella fabricacion ; pero el público lloraba porque encontraba allí el drama verdadero.

No era su autor un desconocido ; era un jóven que vino al mundo con un nombre ya célebre. Para las medianías es una gran felicidad el aparecer en el mundo con un nombre que otro ha conquistado ; mas para aquellos que tienen talento, debe ser una pesada carga esa gloria paternal. Es muy difícil, estando cerca del sol, el brillar con un brillo propio.

Alejandro Dumas, hijo, trató de hacerlo desde que salió del colegio : tanto por vocacion, como por la influencia del círculo en que vivia su padre, comenzó por escribir novelas. Creo que la primera de todas fué la que se titula : *Les aventures de quatre femmes et d'un perroquet*. La extrañeza del título llamó la atencion : era una obra de imaginacion y de mucho mérito, segun opinan algunos buenos jueces ; era algo como las *Mil y una noches* de la vida contemporánea. Pero habia tantas novelas firmadas con el nombre mágico de Dumas, que el volumen del hijo se perdió ; se ahogó en el océano de las obras del padre.

Siguieron otras obras muy leídas hoy, como la *Dame aux Camelias*, le *Roman d'une femme*, luego *Diane de Lys*, y luego la *Dame aux Perles*, la *Vie à vingt ans* ; pero que entonces no bastaron para que resaltara la personalidad del jóven Dumas, confundida con la de su padre.

Se necesitó que la *Dame aux Camelias* pasara á la escena. En Francia los triunfos teatrales tienen algo de fulminante. Al otro día de la primera representacion, Alejandro no era ya solo el hermano de Artagnan y de Monte-Cristo, era Dumas, hijo, era alguien.

No conocia yo á Dumas en aquella primera época de su vida, y no sé de él mas que lo que ha contado en los prólogos de sus obras, ó lo que me dijeron en las conversaciones. Era un buen mozo, de semblante franco y alegre, que frecuentaba todos los círculos, y principalmente aquel cuya historia debia escribir, determinando su geografia : el del *Demi-Monde*.

Era de temer que un triunfo tan extraordinario como el que habia obtenido no trastornara un tanto aquella cabeza de veinte y un años. Ver á sus piés á todos los empresarios : la tentacion es irresistible. ¡Se gana tan fácilmente el dinero en Paris en casos semejantes! No hay mas que alargar las manos. A su lado tenia ejemplos muy seductores.

Ahora bien, justamente estos ejemplos asustaron al jóven. A padre avaro hijo pródigo, dice el proverbio. El padre se habia prodigado, y el hijo, que tenia á la vista todo aquel talento y todo aquel dinero arrojados por la ventana, aprendió pronto en aquella escuela el arte de economizarlos.

Hasta entonces habia escrito de prisa ; mas el día en que ganó en la lotería del teatro el premio gordo de la fama, tuvo miedo de ser derrochador, se encerró en su casa y trabajó con mas seriedad que nunca.

La *Dame aux Camelias* habia nacido de la novela que lleva este título. De la *Dame aux Perles*, salió *Diane de Lys*. Una obra muy notable, como hemos podido ver recientemente ; pero parece ser que en aquel tiempo la pieza fué aplaudida con reserva. ¿Quisieron hacer pagar al jóven escritor la boga de su primer triunfo? ¿Heria el drama algunas susceptibilidades que son hoy menos vivas? Lo ignoro ; lo cierto es, que, á nuestro juicio, no se dió á *Diane de Lys* la importancia que merece.

Un año despues se representó el *Demi-Monde*, que hizo furor desde el primer día. Yo considero el *Demi-Monde* como una de las cinco ó seis piezas teatrales de este siglo que se leerán en lo porvenir, aunque salgan del repertorio. Es un excelente cuadro de malas costumbres, un irrecusable testigo de las ideas, de los sentimientos y de la vida del segundo imperio. La pieza quedará como uno de esos retratos del siglo XVI que admiramos en el Louvre porque rebosan verdad.

Una accion bien conducida, caracteres sostenidos, un diálogo chispeante de gracia, una inclinacion moral muy pronunciada, asegurarán á esta obra uno de

los primeros puestos en el teatro contemporáneo.

El autor se convirtió en maestro ; todas las reputaciones palidecieron ante la suya. El autor de *les Faux bons-hommes*, que brillaba en primera línea, se quedó en la sombra ; y si Emile Augier permaneció en pié, hizo puesto en su nicho al jóven Dumas. Sardou no brillaba todavía.

De año en año se continuaron los triunfos, no tan grandes, pero siempre considerables, y aun en las ocasiones en que el público acogia la obra con frialdad, la respetaba por las proporciones, el trabajo, y sobre todo, por su carácter serio.

La menos feliz fué la *Question d'argent*, que, con efecto, no es de las mejores. Se encuentra en ella esa infalible lógica, que es la cualidad dominante de las piezas de Dumas ; pero el argumento es árido, los detalles no son pintorescos ni alegres, y hay teorías sobre teorías y conversaciones interminables.

El *Fils naturel* fué mejor recibido, aunque la critica se mostró muy severa. El *Père prodigue*, es, en mi opinion, una de las mejores obras de Dumas. Su concepcion es osada, con caracteres verídicos, y el estilo de una sobriedad maravillosa.

Todas estas obras tienen una superioridad sobre la mayor parte de las comedias modernas, y es que se pueden leer sin cesar, porque ofrecen asuntos de estudio. Una pieza de Sardou impresiona mas ; pero se lee, y extraña uno no encontrar ya el mismo placer ; era un sabor fugitivo, un perfume sutil que se ha evaporado. Los aficionados pueden abrir al acaso un tomo de Dumas, que nunca le cerrarán sin haber aprendido algo.

Despues de esa continuidad de triunfos, hubo un tiempo en que pareció que el favor público habia abandonado á Dumas. Se esparció el rumor de que se habia alterado su cerebro, y sus buenos amigos repetian con un aire hipócrita, que podia tenerse por concluido al autor del *Demi-Monde*.

En aquella época se dió á luz *l'Ami des femmes*, que contribuyó á afirmar el rumor difundido. No definiendo esa pieza ; pero sin embargo, debo decir que contiene observaciones profundas y curiosas, y contiene diálogos en que las agudezas frias y brillantes como una estocada, penetran en la carne viva.

Lo que podia sentirse es que aparecia aquí el moralista severo y acre que desde hace algunos años tiende á absorber al hombre de teatro. No obstante, haremos una distincion. Dumas ha sido siempre moralista, siempre se ha podido observar en él como una propension al estudio del corazon femenino, principalmente en la mujer caída. En su modo de hacer la anatomía de los corazones y de moralizar, hay algo de osado y de cruel, como lo seria el escarpelo del cirujano al diseccionar un huesoso cuerpo de mujer extendido en un mármol de anfiteatro ante la multitud reunida.

A medida que Dumas avanza en edad, y que conociendo mejor á las mujeres las estudia por si mismas, ha abandonado esa inclinacion de su naturaleza.

Les Idées de Madame Aubray fueron la primera obra en que se acusa francamente ese nuevo sistema. La *Visite de Noces*, que ha levantado tantas objeciones y que ha obtenido una boga de escándalo, es un paso mas en esa via, que, me parece, aleja á Dumas del arte dramático.

Pero tiene para él un atractivo irresistible. Ese género lisonjea una de sus mas secretas, y, á mi entender, una de sus mas vanas ambiciones. Diríase que aspira á ser profeta, lo mismo en política que en filosofía y en moral. Esa aficion le hizo escribir hace pocos meses una carta que han publicado todos los periódicos, sobre la situacion de la Francia.

Esa famosa carta es un curioso sintoma de su estado de espíritu. Las palabras con que empieza : He visto, he sabido, he previsto, son muy significativas, pues revelan el deseo tan misterioso como apasionado que le posee, de guiar á sus semejantes, de ser su consejero y su jefe.

Quiere la desgracia que no haya nada mas anti-poético ; y sin poesia no hay drama.

Al mismo tiempo que se entregaba mas y mas á esa inclinacion, se entretenia en demostrar al público que si abandonaba el terreno del drama puro no era porque no le conociese á fondo y porque no estuviere bien seguro de todos sus pasos. Cuando escribia el *Supplice d'une femme* y *Heloise Parquet*, encontraba sin esfuerzo la forma clara y rápida que hizo en otro tiempo la fortuna de *Antony*. El *Supplice d'une femme* es *Antony* escrito en lenguaje moderno.

En un intermedio Dumas ha dado *l'Affaire Clemenceau*, un estudio de patologia muy curioso, que ha sido muy leído.

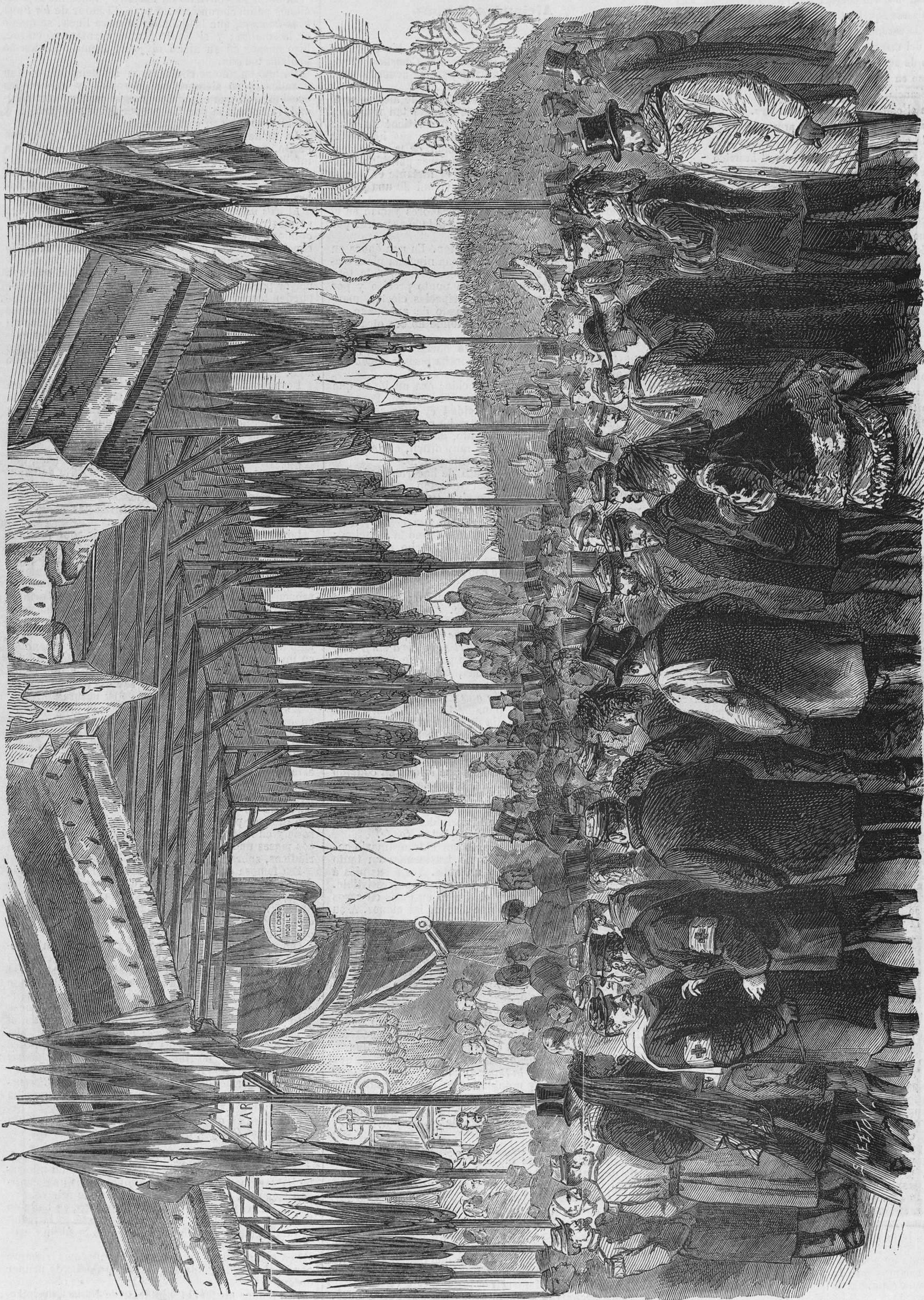
A la hora en que escribo estas líneas se representa la *Princesse Georges*, que se ha esperado con una curiosidad suma.

Toda obra de Alejandro Dumas excita esa curiosidad y produce mucho ruido. Esto consiste en que sabe hablar oportunamente. La economía es una cualidad superior, porque las pone á todas de relieve.

Hoy ha cumplido cuarenta y cinco años, se halla en la fuerza de la edad y del talento, y está en la plenitud de su fama. ¿ Irá hasta el cabo de la última evolucion que ha emprendido?

Sea como quiera, nosotros le seguiremos siempre con la simpatia debida á su talento, que es de primer orden.

Nos hemos abstenido, al hablar de Dumas, de introducir en este artículo detalles anecdóticos sobre su vida privada, temiendo ser indiscretos. Un hombre cé-



Ceremonia conmemorativa de la batalla de Champigny, el 2 de diciembre de 1871. — (Véase la Revista de Paris del número 988).



ALEJANDRO DUMAS.

lebre tiene, como un cualquiera, el derecho de ocultar su felicidad doméstica.

No diré, pues, de él, sino lo que sabe todo el mundo: que es rico, que está casado y tiene hijos, á quienes quiere con idolatría; que, sin ser pródigo, sabe gastar cuando se presenta la ocasion; que es hombre de muchísimo *esprit* y buen humor, y que descuella sobre todo su carácter un tanto seco. Puede ser de los que se dice que tienen el corazón en la mano. Pero su mano está cerrada, y no se abre sino previo exámen, y muy discretamente. F. S.

Revista de Paris.

Parece que Paris se halla destinado á las mas desagradables sorpresas. Esta semana hemos tenido frío y nieve, lo cual no es por cierto una novedad en la estacion que atravesamos; pero lo que sí lo es y muy grande es el exceso, puesto que el termómetro oficial del Observatorio astronómico ha marcado en la noche del 8 al 9 de diciembre hasta 21 grados bajo cero, lo que no se ha visto en Paris en todo este siglo, y la nieve que ha caído ha llegado á tener hasta mas de medio metro de altura. Era para creer que estábamos en la Siberia. El tránsito por las calles ofrecía peligros extremos. Muchas personas se han muerto de frío y muchísimas mas han tenido heridas de consideracion en las caídas, poco menos que inevitables, cuando se andaba por la desigual capa de nieve endurecida que cubría las aceras. El Sena está helado y los trineos hicieron el domingo su aparicion en crecido número.

Así, pues, esta semana la gran cuestion en Paris ha sido la cuestion de la nieve.

— ¿Qué hace el consejo municipal que no dispone la limpieza de las calles, como se hacia en otro tiempo?

Tal era la pregunta que en forma de queja se dirigian los parisienses.

Y como este consejo municipal recientemente nombrado, no es del gusto de todos, ni mucho menos, se entraba en consideraciones políticas á propósito de la nieve.

La prensa de cierto color político mas ó menos disimulado, señalaba irónicamente á los ciudadanos de Paris, las imponderables ventajas de poseer un consejo municipal electivo que tiene la ciudad sucia, oscura y desierta; y recordaba los tiempos en que el actual prefecto M. Leon Say escribía furibundos artículos contra la administracion de M. Haussmann que gobernaba en un Paris limpio, resplandeciente de luces y cuajado de opulentos extranjeros.

La ocasion de hacer recriminaciones era propicia, y en efecto, no la han desperdiciado los enemigos del actual orden de cosas.

No hay duda que el ejército de barrenderos, muy mermado en el día, puesto que segun consta en la estadística, el imperio empleaba 45,000, en tanto que hoy solo se cuentan 12,000, se ha puesto en movimiento algo tarde, cuando la nieve tiende á liquidarse y á marcharse por sí, tomando el camino que pueda; pero justo es decir tambien que jamás se ha visto en Paris esa inmensa cantidad de nieve con frío tan rigoroso; que hoy en esta ciudad faltan brazos para toda clase de obra manual, y por último, que segun los cálculos presentados al consejo municipal habria sido preciso gastar un millon de francos para dar satisfaccion á los parisienses.

En medio de la momentánea desorganizacion que han debido sufrir por esta causa todos los servicios públicos, los parisienses pensaban con cierta malicia secreta, en los tropiezos y dificultades que no podian menos de encontrar los diputados de la nacion para hacer la caminata de Paris á Versalles.

¿Qué buen argumento, decian, y qué oportuno para apresurar el regreso de la Cámara!

Esto mismo se debió creer en el seno de la Asamblea, cuando de repente y sin que estuviese anunciado, subió á la tribuna M. Duchatel y leyó una proposicion relativa á la traslacion inmediata.

Pero ¡ay! el frío y la nieve fueron malos auxiliares. La mayoría, ó sea como los dos tercios de los diputados, desecharon la urgencia y la proposicion pasó á la comision de iniciativa.

— ¡Que allí se entierre! gritó un diputado de la derecha para acabar de dar significacion al deseo de sus correligionarios anti-parisienses.

Sin embargo, no está enterrada.

El gobierno continúa mas firme que nunca en su idea de aconsejar á la Cámara el pronto regreso á Paris, y segun se asegura, el mismo presidente de la República debe tomar uno de estos días la palabra en el seno de la comision de iniciativa, para hacer constar los inconvenientes de fuerza mayor que ofrece la residencia en Versalles.

Los amigos de M. Thiers se lisonjean de que al fin y al

cabo triunfará en esta cuestion, y ya nos hablan de las fiestas que se propone dar en el Eliseo á principios de año.

Desearnos que así sea; pero la reciente decision de la mayoría no nos infunde las mejores esperanzas, máxime cuando de los 30 miembros que componen la comision de iniciativa parlamentaria, solo 7 son favorables á la traslacion que tanto desea el gobierno como los parisienses.

Lleguemos cuanto antes á la crónica teatral, pues segun anunciamos la semana última, tenemos esta vez que hablar mas circunstanciadamente que de costumbre, de una novedad dramática importante.

Todas las obras de Alejandro Dumas disfrutan del envidiable privilegio de ocupar la atencion del mundo literario; y en la ocasion presente no vamos, por cierto, á señalar una excepcion de la regla.

Si las producciones anteriores de tan fecundo ingenio han hecho ruido en Paris, nada es comparable al que produce en el día *la Princesa Jorge*.

Todo el mundo, el público y la prensa, convienen en elogiar los dos primeros actos, aunque con algunas reservas de menor cuantía; pero en punto al tercero, es diferente: desde la primera noche de la representacion tiene defensores y adversarios.

Antes de decir nuestra opinion, haremos un ligero análisis del argumento.

El drama comienza en la primera escena, casi en la primera palabra.

La protagonista, jóven opulenta, se ha casado á los veinte años, profundamente enamorada, con el conde Jorge de Birac; y á las pocas semanas de su enlace recibe una carta anónima en que la dicen que su esposo la hace traicion, y que es su rival una de sus mejores y mas íntimas amigas, la condesa de Terremonde.

Al levantarse el telon, una sirvienta encargada de espigar al príncipe, da cuenta á la princesa de su encargo.

La carta decía la pura verdad: el príncipe es un esposo infiel á los pocos días de casado.

Semejante revelacion está para volver loca á la princesa. ¿La mujer virtuosa por excelencia, la mujer enamorada de su marido hasta el delirio, se encuentra con tal pago?

¿Qué medios tiene en su mano para vengarse?

La ley no le da ninguno; sin embargo, ella buscará la venganza.

No tarda en presentarse el príncipe, que, prevenido por el criado autor de la carta anónima, se adelanta á dar explicaciones.

¿Cuán poco trabajo le cuesta persuadirla que no debe abrigar recelos ni alarmas!

Es verdad que ha ido á ver á la condesa, que la ha seguido hasta Ruan, punto por punto lo que ha declarado la sirvienta; pero es el caso que la condesa poseía unas cartas del príncipe, con las cuales un día podía turbar su felicidad conyugal, y era menester arrebatar esa arma terrible de sus manos.

Severina (la princesa) le escucha, se conmueve, le cree, se arroja en sus brazos.

— ¡Consuélame, abrázame! le dice.

Como si le dijera:

— ¡Engáñame!

Y el esposo, que acaba de ganar esta primera batalla, exige ya una condicion: aquella misma noche debe la princesa recibir en su casa á la condesa de Terremonde.

Severina pasa por todo.

Algo violento será disimular su ira, su desprecio, y, sobre todo, sus celos; pero no le hace, se vencerá, á fin de dar gusto á aquel esposo idolatrado.

Todo este primer acto es eminentemente dramático, y nos prepara una accion que promete ser interesante.

El principio del segundo es menos notable.

Seguimos en casa de la princesa, donde vemos una famosa exhibicion de trajes, de los que hablarán seguramente las crónicas de la moda.

Es la recepcion de la princesa, y cuatro ó cinco señoras del mundo elegante se entretienen en una chismografía algun tanto atrevida, acerca de la condesa de Terremonde.

Por esta conversacion sabemos que la condesa Sylvania es poco mas ó menos una aventurera de alta categoría, que devora millones como en otros círculos, de los que conoce y ha pintado tan bien Alejandro Dumas, se devoran los billetes de mil francos.

Está visto: el príncipe Jorge es una captura de la condesa, y la fortuna de Severina está corriendo un peligro inminente.

El efecto de esta escena es desagradable; pero sea como quiera, al presentarse la condesa presiente el espectador que se aproxima otra de las grandes peripecias del drama.

Con efecto, Severina disimula difícilmente; su acogida es tan fría, tan recelosa, que Sylvania sospecha y dirige al príncipe algunas palabras á media voz que vuelven á reanimar los celos de la princesa.

Muy luego, gracias al lacayo que, con la sirvienta, practican un sistema de espionaje que se puede recomendar á la policía mejor organizada, Severina entra en posesion de una carta que acaba de escribir su marido á

Sylvania para decirle que se disponga á huir con él aquella misma noche.

Este nuevo golpe produce un efecto inmediato.

Severina se acerca á Sylvania, y temblando su voz, con los ojos brotando llamas, la dice al oído:

— Sal de mi casa, sal de aquí, sin desplegar los labios... eres la querida de mi esposo

La condesa, impasible, deja el salon acompañada por otro adorador que apenas figura en la accion y cuya presencia sin embargo, importa señalar para cuando lleguemos al desenlace.

La conmocion de la princesa se halla tan patente, que toda la reunion se disuelve como por encanto.

Volvemos pues, á la situacion del acto primero.

La princesa quiere vengarse; pero ¿cómo?

Y mientras ella busca un medio de venganza, esa venganza que la niegan á la par la ley y la familia, entra en escena el conde de Terremonde en busca de su esposa.

Severina le dice la verdad con acento frenético, le dice que acaba de arrojarla de su casa, porque no le conviene que en ella se dé citas con su amante.

— ¡Su nombre! exclama el conde en el colmo del furor.

La princesa vacila, un nombre asoma á sus labios; pero en el momento de pronunciarle se detiene y exclama:

— ¡Buscadle!

Tal es el fin del acto segundo, cuyas dos últimas escenas hacen olvidar el principio, dejando conturbado el ánimo con el presentimiento de un desenlace terrible.

Y á la verdad, cuando Severina aparece de nuevo en el acto último luchando con su desesperacion para resolver el espantoso problema de su vida, se confirma uno en aquella opinion y comprende que la mujer herida en el alma con tanta injusticia, va á herir á su vez, va á satisfacer su venganza.

La ocasion se presenta por sí misma.

El conde de Terremonde espera armado cerca del cuarto de la condesa al hombre que le deshonorra.

Severina no tiene mas que abandonar á su esposo á la muerte cierta que le espera: ha encontrado su vengador y sabe que será inflexible.

Sin embargo, quiere hablar por última vez á su marido y ella juzgará por sus palabras si debe salvarle.

El príncipe no repite aquí el fingimiento del primer acto: demostrando su carácter tal cual es, cínico é infame, confiesa lisa y llanamente su amor á Sylvania, la defiende de todas las acusaciones y expresa su firme resolucion de reunirse con ella abandonando á su esposa.

Es un espectáculo odioso, repugnante.

No se comprendería la vileza de este personaje, si no fuera porque se supone que el autor le ha querido dotar de vicios mas que superlativos para justificar el desenlace de la fábula.

¿Qué mas puede hacer él para merecer la suerte que le espera?

Ha hecho traicion al cariño de una esposa adorable, se lisonjea de ello, y además lleva en la cartera la mayor parte de la fortuna de Severina para reunirse con Sylvania.

Pues no es bastante: la esposa ultrajada, abandonada y arruinada, cuando le ve á punto de alejarse, se arroja en sus brazos, le pide perdon y le revela el peligro á que va á exponerse.

En este mismo instante resuena una detonacion: el conde ha dado muerte á aquel acompañante de su esposa cuya presencia señalamos en el segundo acto.

Hé ahí el fin del drama.

¿Qué suerte se reserva á la princesa Jorge?

Este es el secreto del autor; pero desgraciadamente para la concepcion de la obra, el público se interesa en conocerle y considera que el porvenir de Severina es un punto importante en la cuestion que parece haber querido tratar Alejandro Dumas.

Si á esto se añade el mal efecto de un desenlace tan imprevisto, tan ilógico, tan reñido con el sentido comun; pues se ha sacrificado á un desdichado enfermo de amor platónico y á todas luces mas honrado y virtuoso que el príncipe Jorge, se comprenderá que la opinion general no sea favorable al autor en esta situacion decisiva de su drama.

Nuestro parecer personal en este punto es el mismo. Dumas llevó la accion hasta un extremo en que la muerte del marido criminal, que lejos de arrepentirse se vanagloria de su pasion adúltera, era una necesidad imperiosa del argumento; pero segun vemos, estamos equivocados, el mismo autor sale á la palestra y nos lo dice.

Con efecto, en una carta dirigida á uno de los pocos críticos, son contados por cierto, que se extasia de admiracion ante la nueva obra, Alejandro Dumas afirma que « está en la verdad, » porque « en nuestra sociedad cristiana la mayor prueba de amor, es el perdon. » Está entendido pues. Severina perdonará á su esposo indefinidamente, y cuanto mas claras y terminantes sean sus manifestaciones de desprecio y de amor á otra, tanto mas asombroso será el perdon. Convengamos en que el corazón de la princesa Jorge es de una magnanimidad á toda prueba.

Hecha esta salvedad acerca del desenlace, no nos cuesta trabajo en convenir que los dos primeros actos son dignos del autor del *Demi-Monde*. Algo podría decirse contra esa intervencion continuada de los criados que espian á unos y á otros, y sin cuyos informes no habria drama; pero en suma, la princesa Jorge constituye un personaje tan bien delineado, de sentimientos tan nobles, de ilusiones tan simpáticas, que ella sola cautiva la atencion y se olvidan pronto los detalles que desdican de tan hermoso cuadro. Si á esto se agrega que Mlle Desclée es la mas admirable personificación que imaginarse pueda de tan bella figura, quedará completamente justificado el éxito que tienen y tendrán seguramente todo este invierno en Paris las representaciones de la nueva obra de Dumas.

MARIANO URRABIETA.

Un viaje de vieja.

Perú, departamento de Junin.

APUNTES DE CARTERA

POR MANUEL CONCHA.

(Continuacion.)

En este estrecho valle se cultivan cebada, papas, habas, ocas y mazuzas. Las demás verduras y cereales no se producen, al menos con abundancia; sin embargo, con aquellas pocas aseguran su existencia estos desgraciados cholos, que ignoran completamente los trastornos políticos y sociales que tienen lugar á pocas leguas á la redonda, y sin embargo se consideran muy felices. ¿Quizá tienen razon!

Las ruinas de pueblos indígenas y las galerías que construian en las montañas para siembras, son desconocidas igualmente en estos lugares. Por esta circunstancia nos inclinamos á creer que los primeros habitantes del Perú, en la parte de que hablamos, no penetraron mas allá del segundo cordón ó ramal de los Andes, al menos para poblar esta comarca; y, ¿para qué? ¿Sobrado tenían ellos con el territorio cisandino!

Esta opinion puede corroborarse con el camino llamado hoy del Inca, cuyos restos se ven desde no muy lejos de la costa hasta Jauja, conservando, en lo posible, á pesar de los accidentes del terreno, la línea recta.

A veces se sube por lugares tan inaccesibles que espantan, lugares en donde hoy los condores forman sus rudos nidos, otras veces corta llanos, y en estos se distingue por dos líneas paralelas, á distancia una de otra de cinco metros, formadas de piedras enteradas hasta la mitad; trabajo inútil en estas llanuras, pero hecho con el objeto exclusivo de marcar la línea recta.

Espanta, pues, este camino del Inca en la mayor parte de su extension; pero mucho mas espanta que hasta hace ochenta años, mas que menos, los españoles se sirvieron de él; lo que no quiere decir que el actual sea mucho mejor, pues lo único en que le aventaja es en que por este se pueden conducir cargas de poco volumen, de caballos ó mulos, y no sin peligro, en verdad, y en aquel solo conducian efectos á hombros ó en llamas.

A la entrada de Rieran se hace notable una roca colosal de pintoresca forma y matizada de abigarrados colores, que provienen sin duda del musgo, excrementos de aves, ó de otras sustancias orgánicas descompuestas por las lluvias, tan frecuentes en estos lugares. Esta roca proporcionaría una curiosa sorpresa á un geólogo, porque se encuentra aislada entre dos cercanos cordones de colinas arcillosas, y porque moles basálticas mayores que esta, colocadas en el mismo plano, están ocultas bajo una espesa cubierta de greda.

Por el centro del valle de Rieran corre un pequeño río que va á robustecer el Chanchamayo, que tiene su origen en las punas de Palca. El camino desde este lugar hasta la cima de la cordillera de Guaracayo, es muy regular, notándose pocos pasos malos, y estos de corta extension.

Nosotros admiramos en este punto las elevadas y caprichosas montañas, coronadas de grandes moles de lava unas, festoneadas otras con la regularidad que presentan las costillas de un esqueleto, y la mayor parte rodeadas en su base de estas moles, desprendidas sin duda de sus elevadas cimas.

Estos trozos de lava se conservan tan aseados, tersos y relucientes, que nosotros creimos por un momento que eran de hulla acabados de extraerse de una mina, ó bien que su enfriamiento no contaba mas que minutos, y era tanta nuestra ilusion, que alargábamos el brazo para tocarlos, porque se nos figuraba que aun estaban calientes.

A la distancia de dos leguas de Rieran, las cadenas

de montañas se separan y forman un vallecillo casi circular, llamado el Sumidero, por encontrarse en su centro una oquedad de forma de embudo, cuyo fondo está compuesto de menudas piedrecillas de acarreo, donde vienen á parar y á consumirse, como en un gran filtro, las aguas que descienden de los cerros, y subterráneamente corren una gran distancia para aparecer al sol, y reunirse en seguida con el río ó estero Rieran.

Desde la cima de la cordillera de Andamarca, de donde se domina un vastísimo horizonte, se principia á descender constantemente hasta Monobamba, conservando siempre á la derecha el río del mismo nombre, que nace de una pequeña laguna situada en la parte mas elevada de la cordillera (1).

Desde este punto principiamos á recorrer un camino ameno y pintoresco, admirando los atrevidos Andes, encantados por las elegantes cascadas, que precipitándose con argentado ruido desde las cimas por un escarpado lecho de rocas volcánicas, en caprichosos giros, descendian al Monobamba; asombrados por las rocas colosales colocadas por las manos de un gigante sobre el camino en forma de alero, bajo el cual pasábamos lentamente y que nos parecia que á la menor brisa iban á precipitarse, pues están equilibradas por pequeños guijarros; otras veces nos deteníamos á contemplar las caprichosas estaláctitas (perdónese-nos la palabra) de piedras, descubiertas por las aguas que, descarnando los flancos de las montañas, dejan de manifiesto las ramificaciones de rocas, presentando, desde el punto donde las mirábamos, el aspecto de animales mitológicos pendientes de la bóveda de un nigromántico; distraídos casi siempre con el bullicioso río que aumentaba progresivamente con las cascadas, que, heridas por los rayos del sol, parecian serpientes de bruñida plata, que desarrollando sus anillos en variados giros, iban á apagar su sed en él.

La vegetacion, en esta como en la otra parte de la cordillera, es raquítica, dominando el pasto de puna, que brinda alimento á reducido número de animales domésticos, que se ven pastar en las mas altas laderas.

Hasta este punto las aves son escasas, y solamente vimos con mas frecuencia y en crecido número, al cosmopolita y perjudicial chincol, que jamás muda de aspecto, por mas que la influencia del clima, el alimento y otros motivos, modifiquen los colores en las demás aves.

Poco antes de llegar á Tambillo, reunion de cuatro miserables chozas de caña brava, que permanecen deshabitadas la mayor parte del año, principia á desarrollarse una vegetacion de un orden mas superior.

Aquí nos detuvimos admirados ante dos gigantes picachos, que, como guardianes de la asombrosa montaña, se alzan hasta cubrir sus frentes con las blancas nubes. Su estructura es notable, porque sobre dos altísimos cerros frente uno de otro, cubiertos de tierra vegetal, en la que se sustentan arbustos de varias familias, se ven superpuestos otros de desnuda roca, de considerable magnitud, y con tanta inclinacion sobre el estrecho valle, que anonada contemplar tan encumbradas moles, ante lo que todo nos parecia raquítrico y miserable.

Desde Tambillo, como hemos dicho, principia gradualmente á desarrollarse la vegetacion, como si la naturaleza quisiera ir acostumbrando la vista del viajero para no deslumbrarle con su espléndido vigor y riqueza.

El zumbido de esmaltados insectos que liban las flores de los arbustos, las formas y variados colores de las flores, el canto de las aves ocultas por el calor del sol en los espesos ramajes, el aroma particular é indefinible de la vegetacion, etc., nos indemnizaron en gran parte de las fatigas, y nos hicieron olvidar los sinsabores ocasionados por el difícil y peligroso camino que habíamos tenido que recorrer; sin embargo, el que nos restaba era aun mas peligroso y difícil, porque teníamos que descender una vereda que sigue las caprichosas ondulaciones de una serie no interrumpida de montañas, y formada de escaleras casi perpendiculares de resbaladizas piedras. Este trayecto hasta Monobamba, que tendrá cinco ó seis leguas, no puede hacerse en menos tiempo que en siete ú ocho horas.

El primer pueblo de la Montaña, atravesando la cordillera de Guaracayo, es la aldea apellidada Monobamba. Su entrada es preciosa, sobre todo para el viajero, que, anonadado por un sol tropical, cansado por el áspero camino, molido por el lento y monótono paso de la mula, se ve agradablemente sorprendido al descender una pequeña cuesta, con un bosque de na-

(1) En ninguna parte se presenta la cordillera de los Andes mas inaccesible que en la entrada de Jauja por Comas y Andamarca, pues es preciso atravesar tres ramos rígidos, que hacen poco menos que intransitable el camino por los continuos precipicios y por las muchas y heladas ciénagas que se encuentran en sus intermedios. Esta fué la causa por qué en las primeras entradas que se hicieron en esta via, se juzgó imposible la apertura de caminos para bestias; de suerte que los viajeros se veian obligados á conducir en sus hombros las provisiones, con indecibles trabajos y fatigas.

(Entrada á la Montaña, 1673.)

(Mercurio Peruano, t. I, pág. 106.)

ranjos y limoneros que, cubierto todo el año de frutos y flores, además de sombra y perfumado ambiente, le brinda un refrigerio apetecido.

VII.

MONOBAMBA.

Pequeña aldeita situada en un valle de cortas dimensiones, y casi circular, formada por encumbradas montañas, cubierta de bosques seculares, fué una estacion agradable y cómoda para nosotros que deseábamos admirar la mas exuberante, lujosa y exótica vegetacion que existe en la tierra.

En las pequeñas haciendas, pues la mayor no excede de veinte cuadradas cultivadas, el principal objeto de lucro, por no decir el único, es el café, que se produce exquisito, por cuyo motivo es muy apetecido y pagado con anticipacion á subido precio. Actualmente Monobamba produce de seiscientos á setecientos quintales, cifra muy exigua y que ni aun alcanza á satisfacer el consumo del interior del departamento.

Por consiguiente, es fuera de toda duda que los anuncios que se leen en algunas casas de Lima, en donde se ofrece en venta este artículo de Monobamba, son inexactos y una de tantas argucias de que se hace uso para expender una mercadería. Empero, en poco tiempo, atendiendo á las nuevas plantaciones, su producto ascenderá á dos mil quintales.

El beneficio ó elaboracion del café entre los cholos, y aun entre algunos blancos, es muy imperfecto, pues se reduce á la siguiente operacion:

Una vez cogido el café en estado de sazón, en cuya recoleccion se ha empleado mucho tiempo porque la fruta no madura toda á la vez, sino poco á poco, recolectándose día á día y procurándose cogerla madura, la colocan en morteros de madera, lo majan con un mango de piedra á fin de desprender la pulpa ó carnaza que cubre los granos, en seguida lo ponen en agua con el objeto de hacerle fermentar para que arroje del todo la parte pulposa que ha quedado adherida de la primera operacion; finalmente, le lavan en el río y lo exponen dos ó tres días á la accion del calor del sol, y queda en estado de comercio.

Es indudable que esta elaboracion tan imperfecta, y además el poco cuidado y esmero en la recoleccion, contribuyen á que el café pierda gran parte de su aroma y sabor; pero apremiados por la necesidad de vender cuanto antes sus cosechas, observan este sistema.

Además del café y otros artículos que luego indicaremos, se llevan á Jauja, Cerro de Pasco, y otros puntos, frutas exquisitas: naranjas, limones, chirimoyas, paltas, plátanos, colosales papallas, y la excelente piña, que no tiene rival en la misma Montaña, donde se toma con cuchara como si fuera mermelada, abandonándose la corteza como si fuera la cáscara de un huevo.

La caña de azúcar principia á cultivarse en mayor escala en Monobamba, y es muy probable que en poco tiempo mas será otra riqueza que competirá con el café en este precioso valle. Está probado que en esta comarca de terrenos tan feraces, la caña no necesita replantarse periódicamente como en la costa. Se siembra una vez y se cosecha veinte años sin otro trabajo que tres desyerbas al año y sin mas riego que el del cielo. No es raro ver cañas de cuatro metros de alto y de treinta pulgadas de circunferencia, como se ven yucas de un metro de largo y de un grueso correspondiente en proporcion.

En Rundallaco y Vito, pequeñísimos lugarejos, ó mas propiamente, reunion de haciendas, se ven plantaciones de cañas mas considerables; sobre todo en Vito es notable la hacienda de Vilcantan, en donde recibimos atenciones de toda especie por don Clemente Parra y su amable señora; en esta posesion vimos una máquina hidráulica construida en Berlin. Es admirable, en verdad, cómo hasta ese punto se han podido conducir piezas de hierro de tanto peso.

Los terrenos de esta comarca, como se dejará comprender, pertenecen al Estado; pero el Estado cede al solicitante la extension que puede cultivar. Hay algunos que pertenecen á comunidades de indios ó cholos, pero se pueden obtener, sin embargo, á precios moderados, si se pone el comprador de acuerdo con el juez de paz de la comunidad.

Para desmontar terrenos se hace uso del fuego; pero como este poderoso elemento aun no basta para consumir los troncos de los grandes árboles, se siembra en los espacios que dejan estos hasta que el calor que reina en esta comarca y la humedad los convierte en tierra, siendo necesario á esos agentes para destruir los mas corpulentos y seculares troncos, el tiempo de dos ó tres años á lo mas.

¡Todo es asombroso allí!

Entre Rundallaco y Vito se ven algunas haciendas pequeñas cultivadas por familias alemanas, y son notables sus sencillas y pintorescas casitas por el aseó y limpieza, lo que forma el mas repugnante contraste con las jaulas de caña brava, desaliñadas y llenas de insectos en que habitan los cholos, entregados al ocio y embriaguez, confiados en los beneficios de la pródiga naturaleza.

(Se continuará.)

LAS BEBIDAS.



AGUA.



VINO.



SIDRA.



CERVEZA.

LAS BEBIDAS.



AGUARDIENTE.



CAFÉ.



TÉ.



SORBETE.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 988.)

— ¿Está arriba vuestra ama? Conducidme á su cuarto, ó si no...

La vieja le miró con cierta indignacion, que sin embargo no pudo sostener el brillo de la mirada de tigre del jóven, y subiendo la escalera con una velocidad mayor de la que podia suponerse á su edad, exclamó:

— ¡Señora, señora! es M. Losely; el mismo Jasper Losely.

Antes de que el viajero llegara al primer tramo de la escalera, salió una mujer de la habitacion situada en el piso de arriba, Losely levantó los ojos y se estremeció al contemplar el rostro de aquella mujer, rostro de una mujer cuya existencia se ha gastado. La última vez que la habia visto no carecia de cierta belleza, aunque algo varonil. Ya no le quedaba de aquella belleza la menor huella. Sus mejillas demarcadas hacian resaltar la longitud de su nariz encorvada como la de un ave de rapiña. Sus cabellos negros y brillantes en otro tiempo, eran ahora grises, ásperos, descuidados, enmarañados, dignos de servir de modelo á un artista que quisiera pintar una furia. Pero sus ojos eran aun brillantes, mas brillantes que antes; en aquel momento despedian un fuego que iluminaba aquel rostro inclinado sobre el hombre que iba á verla. ¿Era amor la llama que brillaba en aquellos ojos? ¿Era odio? ¿Era una expresion de buena acogida ú de amenaza? Imposible seria adivinarlo; pero en aquellos ojos podia reconocerse un sentimiento de alegría.

— ¡Hola! dijo la voz desde arriba. ¿Con que os volvemos á ver otra vez, Jasper Losely?

Cubriéndose entonces mejor con una especie de peinador flotante, el ama de la casa bajó con paso rápido y ligero, silencioso como el de un espectro, y asiendo estrechamente á Losely por la mano, le arrastró á un salon triste, frio y húmedo, no separando de él su mirada en todo aquel tiempo.

— Sentémonos, mi querida Mrs. Crane.

— Otras veces se me llamaba *Bella*.

— ¡Hace tanto tiempo! ¡Basta! Todas las cosas tienen su fin. No fijéis así en mí vuestros ojos; ¡han sido siempre tan brillantes! Parecen ahora dos ascuas. ¡Qué ahogado está esto! ¡Uf! ¡Estoy muerto de cansancio! ¿Podré pedir un vaso de agua con un poco de vino, ó unas gotas de aguardiente?

— ¡Ah! ¿Os gusta ese licor? ¿Echais por la mañana el aguardiente? ¿Eh, Jasper? dijo Mrs. Crane con un acento extraño y lúgubre. Yo tambien he querido probar en otro tiempo si ese fuego podria consumir el pensamiento; pero no he conseguido nada ya hace algunos años, y mirad, aquí están las botellas llenas aun.

Mientras decia esto, sacó de un armario una fraserera de cuero con cuatro botellas y dos copas de vino. Puso la fraserera sobre la mesa delante de M. Losely y examinó á este detenidamente mientras llenaba la copa.

Observándola en aquella actitud, cualquier discípulo inteligente de Levater hubiera podido reconocer en sus facciones rígidas y fatigadas las señales de una naturaleza primitiva superior á la de Jasper: sobre su frente arrugada, un sentimiento mas elevado que sobre la frente estrecha de este último; sobre su labio, recto y severo, menos motivo de desconfianza que en el falso buen humor que se advertia en la boca bien modelada de aquel hombre. Podia notarse, ciertamente, en la contraccion de aquellos labios una expresion de malignidad, y mas aun, ese hábito del misterio que impone el disimulo; pero sin embargo, observando la agitacion nerviosa de aquellos mismos labios cuando cesaba aquella expresion, podria juzgarse á aquella mujer, que mas bien por su temperamento y arrebatada y cediendo á su primer impulso era mala, que sistemáticamente cruel ó falsa por cálculo; solo era falsa y cruel cuando alguna pasion dominante reinaba como señora absoluta en su alma. Pero sobre todo, en aquellas arrugas destructoras de la belleza, trazadas sobre sus pálidas mejillas, no por el tiempo, si no por otras causas, se leia la susceptibilidad del disgusto, de la vergüenza, de la conciencia de su decaimiento, sentimiento que no era visible en el aspecto indiferente, irreflexivo, del animal humano de piel lisa que estaba enfrente de ella.

En aquella habitacion se observaba tambien algunos indicios de un gusto cultivado. Algunos estantes contenian producciones de una literatura decorosa y severa: las obras maestras de Fenelon y Racine; trozos selectos escogidos para las escuelas como el Tasso, Dante, Metastasio; entre los autores ingleses, Adison, Johnson, Blair; obras elementales de las ciencias que admiten sus neófitos del bello sexo, tales como la botánica, la química, la astronomía. Aquellos libros estaban alineados con la regularidad de los soldados en una formacion; no se veia ni un vacío en sus filas; se notaba que nunca habian sido colocados allí como ob-

jetos de recreo; sus elegantes encuadernaciones estaban deslucidas, rotas; eran los restos de una existencia pasada. Algunos tal vez habrian sido premios ganados en el colegio; otros regalos de altivos parientes, hechos acaso en dias de cumpleaños. Sobre la mesa, cerca de la fraserera, habia un costurero, lindo en otro tiempo; dentro de él no habia ningun ovillo; el dedal de oro, descolorido, aunque no por el uso, dormia en su nido de terciopelo deslucido. Un poco mas lejos, en un rincon, cerca de un atril cargado de composiciones de diferentes escuelas y de una complicacion graduada, desde las lecciones para principiantes hasta las más difíciles piezas de un oratorio alemán, se ocultaba melancólicamente una pobre arpa, cuyas cuerdas hacia tiempo que estaban rotas.

Cerca de la ventana habia una jaula colgada, el pájaro habia muerto hacia mucho tiempo.

En una palabra, en torno de aquella mujer que contemplaba á Jasper Losely bebiendo complacientemente su aguardiente, se agrupaban los restos de un estado de cosas anterior, de aquella edad de oro ya perdida, de los dichosos estudios de la niñez, de las distracciones inocentes de la niñez.

— *Basta*, dijo Losely soltando la copa que habia llenado dos veces, y dos veces habia apurado. Hablemos de negocios. Veamos á la niña, ya estoy en disposicion de verla.

El rostro de Arabela Crane se hizo mas sombrío al responder:

— ¡La niña! no está ya aquí. Hace tiempo que he dispuesto de ella.

— ¡Qué habeis dispuesto! ¿Qué quiere decir eso?

— ¿Me haceis esa pregunta como si temiérais que la hubiera hecho morir? ¡No! ¿Venís acaso de Inglaterra para verla? Amais á la niña de aquella, de aquella...

Mrs. Crane hizo una pausa, se repuso, y añadió mudando de tono:

— De aquella mujer honrada, de aquel noble corazón, cuya memoria debe seros tan cara; ¿amais á esa niña? Es muy natural, Jasper.

— ¿Amarla? Una niña á quien apenas he visto desde que nació. Hablad razonablemente. No, yo no la amo. Pero no os he dicho que podria valerme oro y que sacaria partido de ella, á pesar de la insolencia desdeñosa de aquel hombre orgulloso.

— ¿Aquel hombre orgulloso? ¿Cómo! ¿Habeis osado verle, hablarle, á vuestro regreso á Inglaterra?

— Pues es claro. No he venido para otra cosa. Yo creia que se llenaria de alegría al oirme, que soltaria los cordones de su bolsa, que me colmaria de bendiciones y de billetes de banco. Y el necio no ha querido creerme, ¿y todo por qué?..

— Porque habeis ya perdido el derecho de que se os crea. Ya os dije cuando me hice cargo de la niña, que nunca conseguiriais hacer nada, que no os animaba á que intentárais nada por ese medio. Habeis vendido vuestro pasado, Jasper, y á un precio muy bajo.

— Muy bajo, teneis razon. ¿Quién podria haber sospechado nunca que se me engañaria con semejante pitanza?

— Es cierto, Jasper. Vos habeis nacido para consumir grandes fortunas y llamarlas pitanzas despues de haberlas devorado. ¡Debiais haber nacido principe, Jasper, segun los gustos que teneis! ¡Joyas y hermosos vestidos, caballos y apuestas, ser la admiracion y la desesperacion de las mujeres! limitando todo vuestro reconocimiento por un sacrificio desinteresado en el honor que os habeis dignado hacer aceptándolo.

Mientras pronunciaba aquellas palabras con una amarga ironia, que sin embargo, mas bien parecia agrandar á su huésped que ofenderle, se paseaba de arriba abajo por la habitacion; despues, poniendo ante los ojos de Losely una miniatura (la mirada de este no pudo descubrir de dónde la habia sacado) exclamó:

— ¡Ah, cuánto habeis cambiado desde aquel tiempo! ¡Ved ahí lo que érais entonces!

Losely, tan bruscamente provocado, fijó su mirada sobre el retrato de un hombre notablemente hermoso, de esa especie de belleza que sin ser afeminada se aproxima á la delicadeza de acciones y á la tez brillante de la mujer.

— Así era yo, es cierto. Me acuerdo bien que cuando hicieron ese retrato nadie podia decir que me habian favorecido, dijo Losely dirigiéndose á sí mismo aquella alabanza melancólica. Pero no debo haber cambiado mucho; á mi edad puede tenerse un semblante mas varonil, y sin embargo..

— Y sin embargo, ser aun hermoso, Jasper, dijo Mrs. Crane. Lo sois; pero miradme, ¿qué soy yo?

— ¡Oh! una mujer muy hermosa, mi querida Crane, siempre lo habeis sido. Pero sois muy descuidada; debiais fijar mas la atencion en vuestra persona, cuidaros mas. Ahora bien: volvamos á la niña. ¿Habeis dispuesto de ella sin mi consentimiento, sin informarme de nada?

— ¿Informaros? ¿Y cómo? ¿Cuánto tiempo hace que no sé de vos? Pero no temais, está en buenas manos.

— ¿En manos de quién? De todos modos es preciso que yo la vea.

— ¡Verla! ¿Y para qué?

— ¡Para qué! Estando en Inglaterra, me parece natural que yo sepa á quién se parece; y creo muy extraño que hayais dispuesto de ella como lo habeis hecho, y que presentéis ahora todas esas dificultades.

¿Cuál es vuestro objeto? No lo puedo comprender.

— ¿Mi objeto? ¿Cuál otro puede haber sido que prestaros un servicio? Cediendo á vuestras instancias me he encargado de una niña que no creereis que sea posible que yo haya podido amar nunca; la he criado, la he educado á mis expensas. ¿Os he pedido nunca un chelin? ¿He aceptado nunca nada de vos? Por último, no recibiendo nunca noticias directamente de vos, y dándome lugar, lo poco que yo podia averiguar, á creer que si me sucedia algun accidente (en aquel tiempo estaba muy mala), ella seria una carga para vos... habiendo venido á buscarme el viejo, vos le habiais dado las señas de mi casa, me ofreció hacerse cargo de ella, y yo consentí. Con él está.

— ¡El viejo! ¡Ella con él! ¿Y dónde está él?

— No sé.

— ¿Cómo vive ese hombre? ¿Sin duda tendrá dinero?

— Lo ignoro.

— ¿Habrá sido recogida por algunos antiguos amigos?

M. Losely tomó otros dos vasos de aguardiente, uno despues de otro, y levantándose se paseó por la habitacion, con las manos en los bolsillos, con aspecto pensativo.

— Bien, dijo de pronto deteniéndose, yo en la actualidad nada podria hacer con la muchacha; pero debo saber dónde está y con quién. Decidme, Mrs. Crane, ¿á quién se parece, es linda ó fea?

— Supongo que dirán que es linda, al menos ciertas personas.

— ¡Pero muy linda! ¿hermosa? preguntó bruscamente Losely.

— Hermosa ó no, ¿qué significa eso? ¿Qué bienes produce la belleza? Vos habeis tenido alguna belleza, ¿de qué os ha servido?

A esta pregunta Losely levantó la cabeza con una altivez repentina, que aunque provocada únicamente por su vanidad herida, daba á sus facciones una expresion mas favorable y le hacia mas bello. Mrs. Crane no pudo contener un movimiento de admiracion, y con una voz conmovida, con un tono entre amargo y sentimental, prosiguió:

— Y ahora que os he respondido acerca de ella, ¿no teneis nada que preguntarme acerca de lo que atañe á mi persona, ¿qué hago, cómo vivo?

— Mi querida Mrs. Crane, yo sé que vos estais bien, y que nunca habeis tenido un genio mercenario. Me complazco en creer que sois dichosa y vivis con desahogo. Yo quisiera poder decir otro tanto. Si creyérais conveniente prestarme cinco libras...

— ¿Me pediriais dinero, Jasper? ¡Ah! venís á buscarme en vuestros apuros. Os daré dinero, 5 libras, 10 libras, lo que querais. ¿Pero volvereis aquí á buscar dinero? Ahora me necesitais, ¿no me abandonaréis ya?

— ¡Sois la mejor de las criaturas! ¡Jamás!

Asió su mano y se la besó. Ella la retiró y examinándole de piés á cabeza, le dijo:

— ¿Os encontráis realmente apurado? Vais bien vestido, Jasper; siempre lo habeis sido.

— No siempre, hace tres dias sucedia todo lo contrario. Pero he tenido un ligero socorro y...

— ¡Un socorro en Inglaterra! ¿Dónde y de quién? Supongo que no será de esa persona, que segun decís, habeis tenido el valor de ir á buscar.

— ¿Y quién podia ser mas que él? ¡Me ha arrojado una miserable limosna! ¡Maldicion sobre él! El semblante y el lenguaje de ese hombre me han exasperado de tal modo, de tal modo, repitió Losely asiendo el baston por el centro con una mano y dejando caer en la otra el peso mortífero de su cabeza de hierro, que si sus ojos se hubieran separado un momento de los míos, creo que le hubiera hecho saltar el cráneo, á riesgo de ser...

— Ahorcado, dijo Mrs. Crane.

— Por supuesto, ahorcado, repuso Losely, volviendo á recobrar aquel acento y aquellas maneras indiferentes, en las cuales se reconocia cierta especie de ligereza que proviene del endurecimiento del corazón, como la flexibilidad de la hoja proviene de la dureza del acero, pero si se pensase siempre en las consecuencias, no serviria para nada la horea. Me alegro de que su mirada no se halla separado de la mia.

Y la cabeza de hierro del baston cayó con un ruido sordo sobre el suelo.

Mrs. Crane no respondió inmediatamente: fijó sobre su peligroso visitador una mirada en la cual no habia ningun temor femenino (aunque el aspecto y los gestos de Losely hubieran bastado para estremecer á un hombre); aquellas miradas mas bien expresaban compasion, sus facciones se dulcificaron poco á poco, como si estuviera bajo la influencia de recuerdos tristes aunque no hostiles. Por último, dijo en voz baja:

— ¡Pobre Jasper! Toda aquella vana ambicion que os ha hecho tan ingrato os ha reducido á una ferocidad que os encuentra tan impotente. Vuestra existencia, despues de todo hubiera sido mas dura, mas pobre, mas miserable, si hubiérais permanecido fiel.

Evidentemente poco lisonjeado del giro que tomaba la conversacion, pero conteniendo una respuesta que hubiera podido ser grosera, si la imagen de 5 libras, 10 libras, no hubiera flotado ante su vista en perspectiva, M. Losely respondió:

— ¡Pst! *Bella*, he sido un loco, pero siempre os he mirado con el mayor respeto. Pero llaman á la puerta. ¡Ah! á propósito, un hombre original, con sombrero blanco, se presentaba al mismo tiempo que yo,

queria veros para asuntos particulares, me cedió el paso diciendo que volveria: ¿puedo preguntaros quiénes es?

La criada vieja entró:

— Un caballero quiere hablaros, señora; dice que se llama Rugge.

— ¿Rugge, Rugge? No recuerdo.

— Soy yo, Mrs. Crane, dijo el director entrando en el salon. Tal vez no recordeis mi nombre; pero... ¡Oh! ¿No os habeis ido aun, caballero? ¿Habré venido demasiado pronto?

— No, ya he concluido; adios, mi querida mistress Crane.

— Esperad, Jasper. Ya os reconozco, M. Rugge; tomad asiento.

Mrs. Crane murmuró algunas palabras al oido de Losely; despues volviéndose hacia el empresario le dijo en alta voz:

— Os he visto en casa de M. Waife, en la época en que sucedió aquella desgracia...

— Y tuve el honor de acompañaros á la vuestra...

— ¿Pero puedo hablar delante del señor?

— Ciertamente. Ya veis que os escucha con atencion. El señor y yo no tenemos secretos uno para otro. ¿Qué ha sido de ese sugeto? Este caballero lo desea saber.

LOSELY.

Sí, señor, desear saberlo, particularmente.

RUGGE.

Y yo tambien; por eso he venido. Ya sabeis, señora, que yo le ajusté con Julieta Araminta, es decir, con Sofia.

LOSELY.

¡Sofia! ¿Los habeis ajustado! ¿Qué quiere decir eso?

RUGGE.

Para el teatro, caballero; para mi teatro. Waife ha sido un gran actor.

LOSELY.

¡Ah, un actor! Proseguid.

RUGGE, volviéndose alternativamente de la señora al caballero, del caballero á la señora, con accion apropiada á la situacion y miradas que demandan la aprobacion.

Pero despues de aquella catástrofe apenas era una sombra de lo que habia sido, perdió un ojo y la voz. Sin embargo, por favorecerle ajusté á la niña y á él tambien. Me ha dejado de una manera vergonzosa, robándome su nieta, caballero. Ahora bien, señora, hablando con franqueza, yo miro á esa niña como de mi propiedad, y una propiedad de gran precio; la niña tiene un gran valor para mí, y me la ha arrebatado. Si pudiérais ayudarme á recobrarla, si volviere á mi poder, con una escritura en regla, estoy dispuesto, señora, á pagar espléndidamente, muy espléndidamente.

MRS. CRANE, con altivez.

Dirigios á ese caballero, él puede tratar con vos.

LOSELY.

Qué llamais vos muy espléndidamente, mister... mister Rugge.

RUGGE.

Rugge, caballero. Podremos entendernos segun creo, si podeis hacer que Waife me entregue á la niña.

LOSELY.

Tal vez pueda yo hacer que os confien esa señorita, señorita es una palabra mas respetuosa que niña, y podré probablemente pasarme sin el consentimiento de M. Waife para entrar con vos en trato. Pero permitidme que os diga que antes de ejercer esa facultad en vuestro favor, es necesario que os conozca mejor.

XVII.

La conferencia entre M. Rugge y M. Losely, terminó con una cita dada para el dia siguiente, en el lugar donde principiò esta historia. Entre tanto M. Rugge debia ir á buscar á sus huérfanos, y arreglar su compañía de modo que pudieran pasarse por algunos dias

sin padre. Losely por su parte se comprometió á consultar á un abogado á quien Rugge le recomendó, sobre las medidas que deberia tomar para obtener pronto los poderes legales necesarios, á fin de ejercer la autoridad que declaraba pertenecerle. Tambien debia persuadir á Mrs. Crane á que le acompañase al lugar y asistiese á las investigaciones necesarias, porque tenia una creencia tácita, si no instintiva, de la superioridad de su juicio. Para alcanzar á una mujer, una mujer, decia M. Rugge.

En el dia y sitio prefijado, los tres cazadores empezaron su batida. Su punto de partida fué la tienda del remendon. Pronto hallaron la misma pista que habia seguido el dependiente del abogado. Llegaron á casa de Mrs. Saunders; allí los dos hombres perdieron el rastro como su predecesor. Aquella mujer se mostró aun mas astuta con ellos, pero no pudo sostener con la seguridad conveniente el segundo interrogatorio de una persona del mismo sexo.

— Esta mujer nos engaña, dijo Mrs. Crane al salir de su casa. No han ido á Londres. ¿Qué harian allí? Cualquiera con truhanería de charlatan, puede encontrar medio de vivir en las poblaciones pequeñas, pero en las capitales se veria perdido. Tal vez, pues que segun parece tiene un perro, por lo que hemos podido averiguar de Mrs. Saunders, se servirá de él para sacar dinero, enseñando sus habilidades.

— ¡Eso es! dijo M. Rugge; no hay duda.

— En ese caso, observó Mrs. Crane, no es probable que estén muy lejos. Hagamos imprimir carteles, en los cuales ofreceremos una recompensa á los que nos den indicios para encontrar al viejo, con la seguridad de que esta investigacion tiene por objeto comunicarle alguna cosa interesante.

Aquella misma tarde se imprimieron los carteles. Al dia siguiente los habian fijado no solo en las paredes de aquel lugar, sino tambien en todas las ciudades pequeñas y aldeas en muchas millas á la redonda. Aquellos carteles estaban concebidos en estos términos:

« Si William Waife, que salió de... el 20 último, quiere presentarse en la posada del Leon Encarnado, preguntando por X. X. recibirá una comunicacion que le interesa mucho. Se le darán 3 libras esterlinas á cualquiera que haga saber el paradero de William Waife y la niña que le acompaña. William Waife tiene unos sesenta años, su estatura regular, de complexion robusta; es tuerto y un poco cojo. La niña se llama Sofia, es de edad de doce años, aunque representa menos; tiene los ojos azules y los cabellos castaño claro. Llevan un perro de aguas blanco, francés. El presente aviso es de sus parientes.»

Pasó un dia sin novedad; pero al siguiente, un joven á caballo, de buen semblante y traje negro, llegó á la ciudad, se detuvo en la posada del Leon Encarnado, y preguntó por X. X. Los dos hombres habian salido para hacer sus investigaciones; Mrs. Crane se habia quedado en la posada para responder á los que llegaran.

El caballero se echó pié á tierra y entró. Mrs. Crane le recibió en el recibimiento de la posada, que estaba infestado de moscas; de pié en medio de aquella habitacion, parecia una araña vigilante.

— Ven-ven-go, dijo el caballero tartamudeando horriblemente, por-por-porque al pa-pa-pasar vi ayer un car-car-tel en una esqui-qui-quina. Vos sois, se-se-segun pa-parece...

— Soy X. X. dijo Mrs. Crane, que empezaba á impacientarse, una de las personas que han hecho circular esos avisos. Será un gran consuelo para nosotros saber dónde están, especialmente la niña.

Mrs. Crane estaba respetablemente vestida con un traje de seda de color aplomado, las trenzas de sus cabellos caian en bucles por debajo de un adorno de terciopelo negro, sus modales y el acento de su voz eran los de una persona que ha recibido buena educacion, y ha estado habituada á una sociedad mas elevada que el vulgo; y sin embargo, el caballero, en el cual el lector habrá reconocido al estudiante de Oxford con el cual Waife habia hecho algunas reflexiones filosóficas á la orilla del arroyo de las truchas, retrocedió instintivamente á medida que ella se adelantaba y hablaba, y aunque habia llegado con un pensamiento benéfico, experimentó un vago temor.

MRS. CRANE, con dulzura.

Temo que no estén muy bien, aunque espero que no les falte lo necesario para vivir. Pero tened la bondad de sentaros, caballero.

Y mirando otra vez demostró mas respeto que al principio, y añadió inclinándose y sentándose á su lado:

— ¿El señor es eclesiástico, segun creo?

EL ESTUDIANTE. (Omitiremos tambien esta vez su defecto de pronunciacion.)

¿Con este defecto, señora! Pero vamos á la cuestion. Hace algunos dias encontré una persona de cierta edad, de las mismas señas que dais, con una niña lindísima y un perro francés. El hombre, gentleman quizás si se ha de juzgar por su conversacion, me interesó mucho, lo mismo que la niña. Y podria dar algunos indicios á verdaderos amigos que tuvieran deseo de servirle...

MRS. CRANE.

Indudablemente les hariais un inmenso servicio. ¿Dónde están ahora?

EL ESTUDIANTE.

En cuanto á eso no puedo responderos de una manera positiva. Pero antes de pasar adelante, ¿seriais tan amable que satisficierais mi curiosidad? ¿Es quizás una persona excéntrica ese M. Waife? ¿Un poco? ..

El estudiante de Oxford se detuvo y se tocó la frente. Mrs. Crane no respondió en seguida, reflexionó. El estudiante prosiguió con aturdimiento:

— Porque si es así no quisiera mezclarme en ese negocio. Se han visto tantos ejemplos de personas que han sido encerradas sin sufrir una completa enagenacion mental que...

MRS. CRANE.

Teneis razon, caballero. No es de ningun modo la intencion de sus parientes mezclarse en sus costumbres de vagancia ni en sus caprichos. ¡Pobre hombre! ¿Para qué atormentarle? Su fortuna no puede excitar codicia, os lo aseguro. Pero esta es una historia muy larga de contar. Esa querida niña me ha sido confiada desde la infancia. ¡Encantadora niña!

EL ESTUDIANTE.

Sí, es muy bonita.

MRS. CRANE.

Ella puede vivir con mucha comodidad, y no conviene que una jóven que tiene buenos amigos corra así por los campos con un viejo, sean las que fueren sus manías. ¿No lo creéis así, caballero?

EL ESTUDIANTE.

Sí, señora. Pero en resumidas cuentas, ¿quién es ese hombre, ese caballero?

MRS. CRANE.

Es muy original, como habeis dicho, y muy desconocido quizás, respecto de la niña. No diremos que es loco, caballero, nos repugna mucho considerar las cosas bajo este aspecto. Pero, ¿sois casado?

EL ESTUDIANTE, ruborizándose.

No, señora.

MRS. CRANE.

Pero acaso tengais una hermana.

EL ESTUDIANTE.

Sí, señora; tengo una hermana.

MRS. CRANE.

Y ¿quisierais que vuestra hermana corriese de ese modo por el campo, arrebatada al hogar doméstico, á su familia, á sus amigos?

EL ESTUDIANTE.

¡Ah! Ya comprendo. Esa pobre niña que va con ese anciano, pariente suyo, su abuelo acaso, ha sido arrestrada por él á esa vida; y el anciano, aunque no sufre una completa enagenacion mental, sin embargo, es...

MRS. CRANE.

Un guia poco á propósito para una niña criada con cierta delicadeza. Yo la he educado; es una niña que promete mucho. ¡Oh, caballero, salvad esa niña! Mirad.

Y sacando del bolsillo de su delantal un papel doblado, se lo entregó al estudiante; este echó una ojeada por el papel y se lo devolvió.

EL ESTUDIANTE.

Ya veo, señora. Despues de esto no puedo dudar. He encontrado á muchas millas de distancia de este pueblo á esas personas que tengo la conviccion de que son las mismas que buscáis; y hace dos ó tres dias que mi padre recibió una carta de un dignísimo y excelente señor, con quien está frecuentemente en correspondencia por asuntos de caridad.

(Se continuará.)

LA

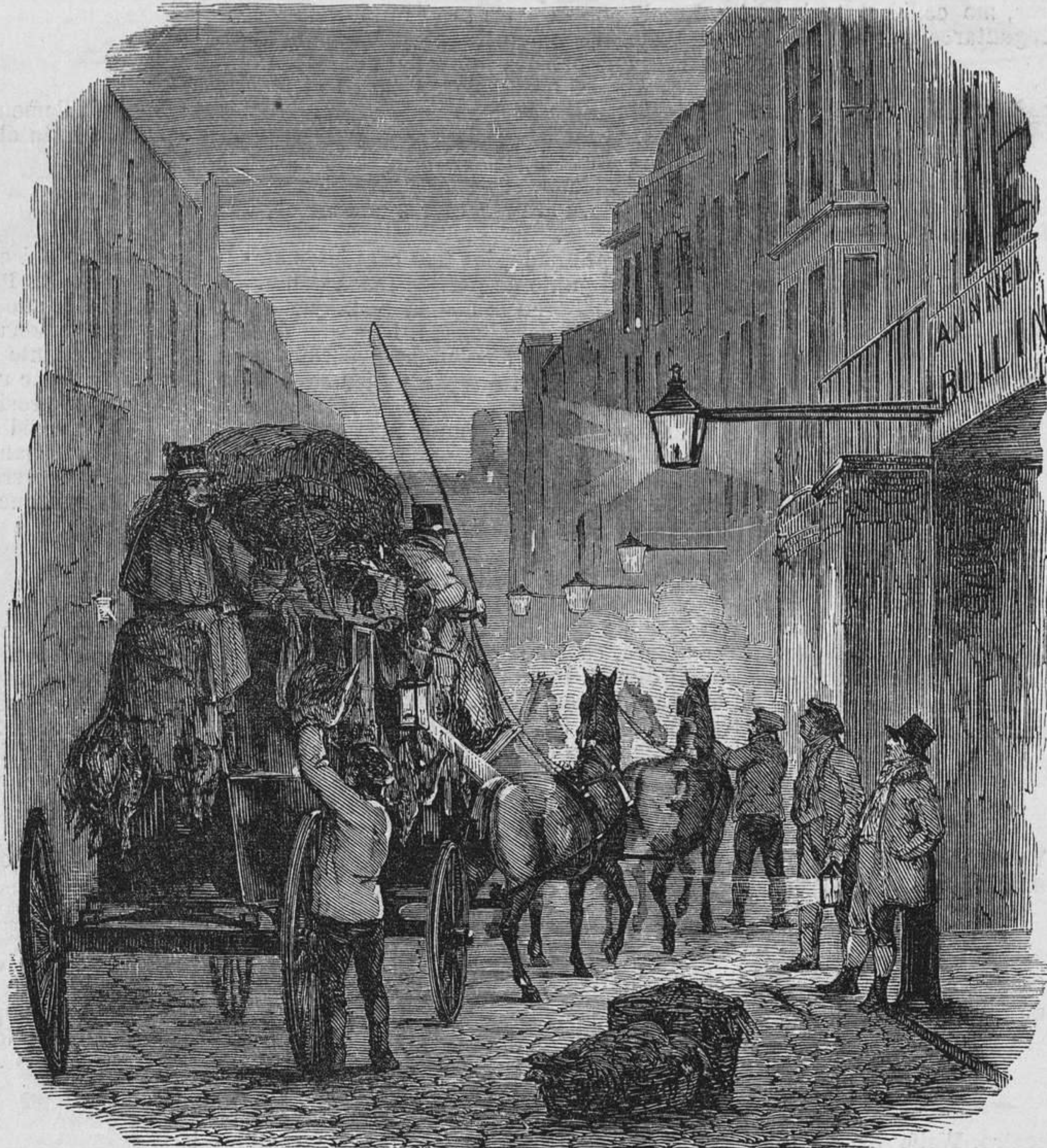
Navidad en Inglaterra.

— ¡Cómo, señores, sabéis lo que os hacéis?... ¡Ah! Si me conociérais no me dejaríais así á la puerta. Soy *Christmas* (Navidad), el anciano *Christmas*, el *Christmas* de Londres, y el capitán *Christmas*; os suplico que me lleveis á presencia del lord Chamberlain... He visto tiempos en que me habríais deseado, en que habríais llamado con empeño al alegre *Christmas*, y ahora que vengo, os negáis á recibirme... *Decis que debo volver luego...* ¡Famosa broma! Como si pudiera yo venir mas de una vez al año!...

De este modo en 1616, el año de la muerte de Shakespeare, Ben-Johnson introducía al viejo *Christmas* en la farsa que hizo representar en la corte de Jacobo I. El viejo *Christmas* vestía « unas calzas anchas, con medias largas, un justillo pegado al cuerpo, un sombrero muy alto, barba larga y escasa, una cachiporra en la mano, zapato blanco y cinturón y ligas cruzados en forma de cruz. »

Uno de sus sirvientes marchaba delante de él tocando el tambor, y formaba su comitiva la alegre banda de sus hijos é hijas: *Misrule* (*desórden*), *Carol* (*cancion*), *Mincee-Pie* (*pastel de Emineé*), *Gambol* (*pirueta*), *Was-sail* (*orgia*) y *New Years Gift* (*aguinaldo*).

La farsa de Ben-Johnson di-



La Navidad en Inglaterra. — Diligencia de Norfolk, que llega á Londres el día de Nochebuena.

virtió mucho á Jacobo I, que se tenía por un hombre agudo.

Los ingleses han celebrado siempre la fiesta de Navidad; pero hace dos siglos no la celebraban como los demás pueblos. En vez de entregarse á prácticas religiosas, se abandonaban sin ningún freno á la alegría y los placeres. Muchos días antes dejaban sus quehaceres y cuidados para cantar, bailar, reír y beber. Cada familia noble elegía un *Lord of Misrule* (rey de desórden), cuyo reinado duraba desde Todos Santos hasta el fin de Pentecostes y cuyas funciones consistían en presidir los juegos y las locuras de todos sus súbditos que se ingeniaran por inventar diversiones raras.

El día de Navidad tomaban las ciudades un aspecto campestre: del exterior de las casas colgaban yedra y ramajes de acebo, y los jóvenes de ambos sexos bailaban en torno de los pabellones que levantaban en las calles y adornaban con arbustos verdes. Por la noche había banquete en las familias, y entre los manjares debía contarse una cabeza de jabalí servida en una bandeja de plata á los sonidos de diversos instrumentos. Los hombres mas graves daban el ejemplo. Si el rey se divertía como el último de sus súbditos, en las universidades los profesores eran partícipes de las locuras de los alumnos. Los juegos prohibidos se toleraban entonces.

Stubbs, escritor puritano, nos ha dejado la siguiente descripción de una fiesta de Navidad en su época:

« Se reúnen todos los locos de la parroquia, eligen un gran ca-



El mercado de Leadenhall en Londres, el día de Nochebuena.

pitán (de desgracia) que ennoblecen con el título de *my lord of misrule*, le coronan con solemnidad y le adoptan por rey. Este rey elige de veinte á cien glotonnes de su especie, encargados de servir á S. M. y de guardar la noble persona, y da á cada uno de ellos su librea, verde, amarilla ó de cualquier otro color extraño. Como si esto no fuera bastante chillón, se llenan de cintas, fajas y encajes, con sortijas de oro y otras joyas, y en cada una de sus piernas se atan veinte ó cuarenta cascabeles. Llevan en la mano lujosos pañuelos que les dan sus lindas *Mopsies* y sus encantadoras *Bessies*.

» Así ataviados se van con sus caballos de carton, sus dragones y otras figuras grotescas, sus tamborileros y sus pífanos, á danzar la danza del diablo; se van á la iglesia y al cementerio saltando y bailando, agitando sus pañuelos y sus cascabeles, y con sus caballos de carton y demás monstruos, se arrojan de improviso sobre la muchedumbre. Llegados á la iglesia, aunque el ministro esté ocupado en orar ó en predicar, ellos siguen bailando y haciendo un ruido diabólico, hasta que los fieles pierden la cabeza, se vuelven, miran y se rien de aquellos adefesios. De la iglesia el Lord de Misrule lleva á sus súbditos al campo santo, donde por lo regular tienen mesas preparadas y allí comen y bailan todo el día y á veces toda la noche.»

El escritor, muy indignado, sigue contando como el Lord de Misrule, obliga á los transeuntes á que le compren estampas, bajo pena de hacerles tomar un baño,



Tienda de un vendedor de aves en Holborn-Hill en Londres, el día de Nochebuena.

si no de recibir golpes, y termina así :

« Otros locos llevan á esos diablos pan, cerveza, queso nuevo, tortas, cremas, etc. »

Christmas no ha perdido nada de su popularidad en Inglaterra, solo que su celebracion se ha modificado mucho. Abandonadas por la corte, las farsas se han refugiado en el teatro. Todos los años por las fiestas de Navidad, los empresarios hacen representar pantomimas que llaman mucha gente. El populacho que ya no puede nombrar un *lord of misrule* y que ha debido dejar las bromas que refiere Stabbs, compone aquel dia con una porcion de chicos la mayor parte de los espectadores y las variadas escenas que ofrece la sala á un espectador suelen ser mas divertidas que las del teatro.

La única costumbre de Navidad que ha respetado el tiempo, es la reunion de familia. El ilustre Carlos Dickens, pinta el cuadro siguiente de una de estas reuniones :

¡ La fiesta de Navidad ! Debe ser un misántropo el hombre á quien esta fiesta no inspira cierto sentimiento de júbilo. Muchas personas dirán que Navidad no es para ellas lo que tenia costumbre de ser en otro tiempo; que á cada Navidad han echado de ver que se habia desvanecido una esperanza acariciada durante largo tiempo, que una felicidad con que contaban no se ha realizado, y que el presente no produce otro efecto que el de recordarles un cambio fatal en su posicion, una disminucion en sus intereses; fiestas que dieron otros años á malos amigos y miradas



El mercado de Newgate en Londres, el día de Nochebuena.

frías que les rechazan ahora que están en la desgracia. Ahuyentad tan tristes reminiscencias. Entre los hombres de edad, muy pocos son los que no puedan evocar tales pensamientos todos los días del año. Así es que no se debe elegir el más alegre de los 365 para recordar penas pasadas; acercad la silla al fuego que chispea; llenad vuestra copa, entonad un villancico, y si vuestro cuarto es más pequeño que el que teniais hace doce años, no perdais por eso el buen humor, echad otra copita y dad gracias á Dios de que no os haya hecho todavía más desgraciado. Contemplad los alegres semblantes de vuestros hijos sentados en corro en torno de la lumbre; una sillita está desocupada, un ser querido cuya vista regocijaba el corazón del padre y hacia el orgullo de la madre, falta quizás en la reunión de familia... No penseis demasiado en lo pasado; no penseis que hace un año (¡un año es tan corto!) el hermoso niño hoy en el sepulcro estaba sentado y la flor de la salud brillaba en sus mejillas y en sus hermosos ojos. Reflexionad en vuestras felicidades presentes, todo hombre tiene muchas, y no en vuestras desgracias pasadas, pues todos tenemos nuestra parte de ellas en el mundo. Otra copa y otro villancico, pasad alegremente la Navidad y el año que va á comenzar será para vos un buen año.

¿Quién puede ser insensible á las manifestaciones de bondad y á los mútuos testimonios de afecto que trae consigo esta época del año? ¡Una fiesta de familia por Navidad! No conozco nada en la naturaleza más deliciosa. Dirian que solo la palabra de Navidad posee un poder mágico. Se olvidan las envidias mezquinas y las pequeñas discordias; se despiertan los sentimientos sociales en los corazones que durante largo tiempo han sido extraños á ellos; el padre y el hijo ó el hermano y la hermana que, al encontrarse, habian vuelto la cabeza, ó se habian contentado con demostrar mediante una mirada fría que se conocian aun muchos meses antes de Navidad, se estrechan en un cordial abrazo y sepultan sus pasadas animosidades en su felicidad presente. Las almas escogidas que habian simpatizado, pero que por falsas ideas de orgullo y de dignidad personal se mantenian lejos, se reúnen nuevamente. Todo es bondad y benevolencia. ¡Ojalá durase todo el año Navidad, y que las preocupaciones y las pasiones que tanto nos dañan, no ejerciesen nunca ningun imperio sobre las personas para quienes deberian ser siempre extrañas.

La fiesta de familia de Navidad de que queremos hablar aquí, no es una simple agregación de parientes convidados hace ocho ó quince días, que tiene efecto por primera vez en el año y sin que verosíblemente deba renovarse; es una reunión anual de todos los miembros de la familia que pueden formar parte de ella, jóvenes ó viejos, ricos ó pobres y cuyos hijos esperan con impaciencia hace dos meses. Antiguamente se verificaba en casa del abuelo; pero el abuelo es ya muy viejo y la abuela también; los años han traído consigo los achaques, y renunciando á tener casa se han refugiado en casa del tío Jorge, por manera que la reunión se dispone en casa del tío Jorge; pero la abuela ofrece lo mejor que tiene y el abuelo quiere siempre ir á pié al mercado de Newgate para comprar el pavo que lleva en triunfo detrás de él un mandadero al cual regala, además de su salario, una copita de licor, recomendándole que brinde por « un alegre Christmas y por un bello año para la tía Jorge. » En cuanto á la abuela, se muestra muy discreta y misteriosa en los dos ó tres días que preceden al de la fiesta; pero no lo bastante para que dejen de circular ciertos rumores. Se dice en voz baja que ha comprado una magnífica gorra nueva con cintas de color de rosa para cada una de las criadas; muchos libros, cortaplumas y lapiceros para los niños de la familia, sin contar varias añadiduras al primer pedido en la pastelería, como otra docena de tortas de Navidad (*minced pie*) para la comida y un enorme pastel para los chicos.

El día de Nochebuena la abuela está contentísima. Después de haber ocupado á la gente menuda en sacar las pepitas de las pasas de Corinto y en otras varias faenas, todos los años sin falta suplica al tío Jorge que baje á la cocina, que se quite la casaca y revuelva el pudding una media hora, lo que ejecuta el tío Jorge con mucho gozo y á completa satisfacción de los chicos y los criados, y la velada concluye con una magnífica partida de gallina ciega, en la cual el abuelo tiene cuidado de dejarse coger para dar luego pruebas de su destreza.

En la mañana siguiente el anciano matrimonio acompañado de tantos chiquillos como caben en el banco, se dirige á la iglesia de toda gala, dejando en casa á la tía Jorge que se ocupa en limpiar botellas y llenar los frascos, y el tío Jorge que trae las botellas al comedor, pide el tirabuzón y se enreda á su paso con todo el mundo.

Cuando los abuelos y los chicos vuelven de la iglesia el abuelo saca de su bolsillo un ramito de muérdago (1) y dice á los chicos que vean de abrazar á sus primitas que pasan por debajo. Estas tentativas procuran á los niños y al anciano una satisfacción sin límites, pero chocan con las ideas de decoro de la abuela, hasta tanto que el abuelo dice que él tenía trece años y tres meses cuando abrazó de aquel modo á su

abuela. Al oír esto, los chicos dan palmadas y se rien de todo corazón, así como la tía Jorge y el tío Jorge, y la abuela parece satisfecha y dice con plácida sonrisa que el abuelo fué siempre muy malo; á lo cual los chicos sueltan la carcajada y el abuelo se rie más y mejor que todos ellos.

Pero todas estas distracciones no son nada comparadas con la escena más animada que los sucede, cuando la abuela con una papalina enorme y un vestido de seda de color de pizarra y el abuelo con una chorrera magníficamente plegada y una corbata blanca, se sientan en la sala á los lados de la chimenea, rodeados de los hijos del tío Jorge y de una innumerable cantidad de primos, para esperar las visitas. De repente un coche de alquiler se para á la puerta de la casa y el tío Jorge, que ha ido á mirar por los cristales, dice:

— ¡Es Juana!

A estas palabras los chicos se precipitan y bajan en montón la escalera; y el tío Roberto y la tía Juana y el niño, y la nodriza y toda la familia, suben la escalera y son introducidos en la sala en medio de los tumultuosos gritos de *oh my!* que lanzan los muchachos y de los repetidos avisos de los padres para que no hagan daño al niño que lleva el ama. El abuelo toma al niño, la abuela besa á la niña y apenas se ha calmado el desorden de la primera entrada, llegan otros tíos y otras tías con un gran séquito de primos y primas, y los primos ya mayorcitos se ponen á jugar juntos, así como los primos pequeñuelos, y no se oye más que una confusa mezcla de palabras, de risas y de otras manifestaciones de alegría.

Un doble aldabonazo aplicado á la puerta con mano tímida, resuena en la sala en medio de un silencio momentáneo.

— ¿Quién es?

Y dos ó tres chicos que estaban cerca de la ventana, anuncian en voz baja:

— ¡La pobre tía Margarita!

Seguidamente la tía Jorge deja la sala para ir á recibir á la recién venida, y la abuela toma un aire más ceremonioso, pues Margarita se casó con un hombre pobre sin su consentimiento, y como la pobreza no es un castigo suficiente para su crimen, sus amigos la abandonaron, y forzosamente debió renunciar á la sociedad de sus queridos parientes.

Mas hé aquí Navidad y los malos sentimientos que durante el año combatieron las buenas disposiciones naturales, ceden á su fecunda influencia como el hielo apenas formado durante la noche se derrite á los primeros rayos del sol. En un momento de ira un padre ó una madre pueden con toda facilidad privarse del placer de ver á una hija desobediente; pero expulsarla en una época de bondad y de alegría del hogar en donde tuvo asiento, eso es muy distinto. El aire de virtud un tanto vana y de frío perdón que quiso tomar la abuela, sienta muy mal; y cuando aparece la pobre mujer traída por su hermana, con el rostro pálido y el corazón abatido (y no es por la pobreza, pues sabría sobrellevarla, sino por el sentimiento de un abandono inmerecido y de una injusta dureza), es fácil ver que su crueldad es fingida... Un profundo silencio reina entonces durante algunos instantes, y luego la pobre mujer se arranca de repente de los brazos de su hermana y se arroja sollozando al cuello de su madre. Los amigos forman corro para ofrecerle sus sinceras felicitaciones y aquella perfecta unión completa de nuevo la felicidad de la familia.

En cuanto al banquete, es una delicia, todo merece elogios, y cada cual se encuentra en las mejores disposiciones para hacer partícipes de su satisfacción á los demás convidados.

El abuelo emprende una relación circunstanciada de la compra del pavo; pero se deja arrastrar á una digresión sobre la compra de otros pavos para otras Navidades y la abuela confirma con su testimonio las circunstancias más minuciosas.

El tío Jorge cuenta cuentos, trincha el pavo, bebe vino, bromea con los chicos instalados en otra mesa, dirige miradas irónicas á los primos que hacen la corte á sus primas, y á las primas que aceptan los homenajes de los primos; alegre á todos los convidados con su buen humor y su franca hospitalidad, y cuando por fin entra un robusto criado vacilando con el peso de un gigantesco pudding coronado con una rama de acebo, las carcajadas y las aclamaciones de los labios rosados, y las patadas de las piernecitas debajo de la mesa, hacen casi tanto ruido como los aplausos que arranca á los convidados mayores el espectáculo de un bol de aguardiente inflamado que arrojan sobre los pastelillos de Navidad.

¡Son los postres! Y con los postres llega una recrudescencia de broma. ¡El marido de la tía Margarita que, en suma, parece un hombre amable, se muestra tan obsequioso con la abuela y canta *tan* bonitas canciones!

El abuelo no se satisface con su canción anual vigorosamente entonada, sino que honrado con un *encore* unánime, canta una canción nueva que nadie, excepto la abuela, la había oído antes; y un primo calavera muy mal visto de los ancianos porque se había olvidado de hacerles una visita, y había persistido en beber la cerveza Burton, sorprende y hace que se reuerzan de risa todos los convidados, cantando sin que se lo pidan las cancioncillas cómicas más grotescas que han resonado en sus oídos.

Así pasa la noche, noche de bondad y de racional alegría, más propia para despertar las simpatías de

todos los miembros de la familia en favor de su vecino y de mantener sus buenos sentimientos durante todo el año que todos los discursos de los ministros protestantes...

CÁRLOS DICKENS.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CÁRLOS DICKENS.

(Continuación. — Véase el número 988).

A medida que el día triunfaba de la noche, se veían en las calles espectáculos aun más extraordinarios.

Cuando abrieron las puertas del Banco del Rey y de la cárcel de Fleet á la hora ordinaria, se encontraron avisos y pasquines anunciando que los amotinados volverían aquella noche para reducirlos á cenizas, y los directores, convencidos de que, según todas las apariencias, cumplirían su palabra, deseaban poner en libertad á todos los presos y pedían que se les permitiera sacar sus muebles y trasladarlos á otra parte.

Y así lo hicieron en efecto; durante todo aquel día se ocuparon en sacar los muebles y trasladarlos, unos á un punto, otros á otro, y la mayor parte á los establecimientos de muebles de alquiler para sacar de ellos todo el dinero que podían.

Entre aquellos individuos presos por deudas había algunos tan abatidos por su larga permanencia en la cárcel, tan miserables, tan faltos de amigos, tan muertos en el mundo, sin que nadie se acordase de ellos ó les conservase algún interés, que suplicaban á sus carceleros que no les pusieran en libertad y les enviaran á alguna otra cárcel. Pero los carceleros, temiendo exponerse á la cólera del populacho, los ponían en la calle, donde andaban sin dirección fija, sin acordarse apenas de las sendas cuyo hábito habían perdido tanto tiempo hacia sus piés; y estos infelices, degradados y podridos hasta el corazón por la permanencia en la cárcel, se alejaban vertiendo lágrimas, mal cubiertos con sus harapos y arrastrando los rotos zapatos á lo largo de las aceras.

De los trescientos presos que se habían fugado de Newgate, algunos... en corto número en verdad, pero sin embargo algunos... buscaban por todas partes á sus carceleros para ponerse otra vez en sus manos, prefiriendo la prisión y un nuevo castigo á los horrores de una noche como la pasada.

Varios presos, atraídos al sitio de su antiguo cautiverio por algún atractivo inexplicable ó por el deseo de triunfar en su destrucción y saciar su placer viéndolo reducido á escombros, no vacilaban en volver en pleno día yendo á vagar en torno de los calabozos. Aquel día los soldados prendieron cincuenta en el recinto de la cárcel, lo cual no impidió que los demás volviesen á pesar de todo á hacerse prender durante toda la semana, varias veces al día y en grupos de dos ó tres. Entre los cincuenta de que acabamos de hablar había algunos ocupados en reanimar el fuego, pero en general no parecían tener otro objeto que el de ir á vagar y á pasearse en torno de su antigua residencia, porque se les encontró dormidos en medio de las ruinas, sentados y en tranquila conversación, ó bebiendo y comiendo como en una taberna.

Además de los pasquines fijados en las puertas de Fleet y del Banco del Rey, los revoltosos pusieron avisos iguales á las once de la mañana en la puerta de algunas casas particulares, y por la tarde el motín proclamó la intención de apoderarse del Banco, de la Casa de la moneda, del Arsenal de Woolwich y de los palacios reales.

Estos avisos eran casi siempre repartidos por un hombre solo, que, si era una tienda, entraba en ella para dejarlos con amenazas sangrientas á veces sobre el mostrador, y si era una casa particular, llamaba á la puerta y los entregaba á la criada.

A pesar de la presencia de la fuerza armada en todos los barrios de la ciudad y de la numerosa tropa acampada en el Park, estos atrevidos mensajeros continuaron durante todo el día repartiendo sus manifiestos con impunidad. Hasta se vieron dos jóvenes bajar por Holborn armados con barrotes de las verjas de la casa de lord Mansfield pidiendo dinero para los amotinados, y se vió también un hombre de elevada estatura y montado á caballo que hacia una cuestación con el mismo objeto en Fleet-Street, pero este no quería admitir más que monedas de oro.

Circulaba igualmente un rumor que infundía más terror aun en toda la ciudad de Londres que estas intenciones anunciadas públicamente y de antemano por el motín, aunque todo el mundo estaba convencido de que el triunfo de estas maquinaciones iba á acarrear una bancarrota nacional y la ruina general. Se decía que estaban resueltos á abrir las puertas de Bedlam y soltar los locos.

Este acontecimiento presentaba al ánimo de los ha-

(1) El día de Navidad cuelgan un ramaje de muérdago en el salón y todas las personas que pasan por debajo tienen que dejarse abrazar.

bitantes imágenes tan espantosas y les amenazaba en efecto con un atentado tan fecundo en horrores de un nuevo género, que con gusto se hubieran expuesto al peligro de una pérdida mas importante si hubiese podido evitar una crueldad tan bárbara, de modo que muchas personas sensatas y que algunas horas antes daban señales de cabal juicio estuvieron á punto de volverse locas.

Así se pasó el día.

Los habitantes pacíficos corrían de un lado á otro por las calles llevándose sus muebles y efectos á otra parte; grupos silenciosos permanecían en pié en torno de las casas destruidas; todo el comercio estaba suspendido, y los soldados, apostados en el órden que hemos visto, permanecían en completa inacción.

Así se pasó el día esperando la noche que se veía llegar con terror.

Finalmente, á las siete de la tarde en punto el Consejo privado del rey publicó una proclama solemne en la cual declaraba que habia llegado á ser necesario emplear la fuerza armada, que los oficiales habian recibido la órden mas formal y terminante de hacer al instante uso de todos los medios que estaban en su poder para reprimir los desórdenes, y que se invitaba á todos los súbditos honrados de S. M. que no saliesen aquella noche de sus casas ni dejasen salir á sus criados y aprendices.

Después se repartió á cada soldado de servicio treinta y seis cartuchos, los tambores tocaron llamada, y toda la tropa estuvo sobre las armas al anochecer.

Las autoridades municipales, estimuladas por estas medidas de vigor, se reunieron en junta general, dieron un voto de gracias á las autoridades militares por la cooperacion que tenían á bien prestar á la administración civil, la aceptaron y pusieron los cuerpos designados bajo la direccion de dos magistrados.

En el palacio de la reina, además de una guardia doble, los cuerpos distinguidos, los pages, los escuderos y demás servidores ocuparon militarmente los corredores y las escaleras á las siete con órden expresa de tener centinelas toda la noche, y después se cerraron todas las puertas.

Los dependientes del Temple y otros Inns improvisaron guardias en el interior de los edificios y mandaron despedir la calle para fortificar las puertas; en Lincoln-Inns, cedieron la sala principal á la milicia del Northumberland, mandada por lord Algeron Percy, y en algunos barrios de la Cité los vecinos se ofrecieron espontáneamente y se prepararon á defender las vidas y haciendas de los ciudadanos pacíficos y honrados. Centenares de hombres robustos y animosos acudieron á las casas de banca y á las compañías mercantiles armados de piés á cabeza, cerraron por dentro todas las puertas y dijeron á los revoltosos que se agrupaban en la calle: «Venid si os atreveis, y vereis cómo salís escarmentados.»

Todas estas precauciones tomadas casi simultáneamente se completaron antes de anochecer, de modo que al extinguirse los últimos rayos del crepúsculo las calles quedaron comparativamente despejadas, custodiadas por todos lados y por sus avenidas principales por las tropas, en tanto que algunos oficiales á caballo iban en todas direcciones mandando á los rezagados que podían encontrar que se retirasen á sus casas, é invitando á los habitantes á que no saliesen á la calle y que en caso de oír tiros no se asomasen en las ventanas. Se doblaron las cadenas tendidas en las encrucijadas donde se podía temer mas la invasion de las masas, y se establecieron en ellas patrullas numerosas de soldados; y cuando se hubieron tomado estas precauciones y se hizo enteramente de noche, los jefes esperaron el resultado con alguna ansiedad, pero tambien con esperanza de que estas medidas vigorosas bastarian para desalentar al populacho y precaver nuevos desórdenes.

Pero se habian equivocado cruelmente en sus cálculos, porque apenas habia trascurrido media hora, y como si la caída de la noche hubiese sido la señal convenida de antemano, los amotinados, que habian tomado la medida de impedir, divididos en pequeños grupos, que encendiesen los faroles de las calles, se alzaron como un mar enfurecido, apareciendo á un tiempo en tantos puntos diferentes y con una rabia tan inconcebible, que los oficiales que mandaban las tropas no supieron en el primer momento qué hacer ni á qué lado dirigirse. Estallaron nuevos incendios uno tras otro en cada barrio de la ciudad, como si los insurgentes tuvieran intencion de envolver la Cité en un círculo de llamas que, estrechándose poco á poco, la redujera completamente á cenizas. La multitud bullía en las calles como un hormiguero lanzando gritos espantosos, y como no habia ya fuera de las casas mas que los perturbadores por una parte y los soldados por otra, estos podían creer que tenían á todo Londres delante formado contra ellos en batalla y que tenían que luchar con toda la ciudad.

En dos horas se anunciaron treinta y seis incendios importantes, entre los cuales se citaban Borough-Chist en Tooley-Street, el Banco del Rey, la cárcel de Fleet y el nuevo Bridewell.

Cada calle era un campo de batalla; en cada barrio el estruendo de los disparos de la tropa dominaba los clamores y el tumulto del populacho.

El fuego principió en el mercado de la volatería donde se habia puesto una cadena al través de la entrada, y allí la primera descarga mató de una vez mas de veinte revoltosos: Los soldados, después de llevarse los cadáveres á la iglesia de San Medardo, hicieron

fuego segunda vez, y acercándose mas á la turba que habia principiado á ceder el paso al ver que las amenazas pasaban á vias de hecho, volvieron á formarse en batalla en Cheapside y cargaron á la bayoneta.

Las calles ofrecían entonces un horrible espectáculo. Los alaridos de la canalla, los gritos de las mujeres, los lamentos de los heridos y el estruendo de las descargas formaban un acompañamiento atronador y espantoso á las diversas escenas que se veían en todas partes. Donde el camino estaba obstruido por las cadenas era tambien el punto donde se hallaba lo mas recio del combate y el mayor número de víctimas, pero puede decirse que no habia una encrucijada importante donde la accion no fuera reñida y sangrienta.

En Holborn-Bridge y en Holborn-Hill la confusion era mayor que en ninguna otra parte, porque la multitud que desembocaba de la Cité en dos corrientes impetuosas, una por Ludgate-Hill y otra por Newgate-Street, se reunía allí y formaba una masa tan compacta que á cada descarga las gentes parecían caer á montones. Se habia colocado en aquel punto una partida numerosa de soldados que disparaban, ora desde Fleet-Market, ora desde Holborn ó Snowhill, barriendo constantemente las calles en todas direcciones. Habia allí tambien varios incendios considerables, de modo que parecia que todos los horrores de aquella terrible noche se habian dado cita en este mismo y único teatro.

Los amotinados, á cuya cabeza iba un hombre que blandía una hacha en su mano derecha, montado en un alto y robusto caballo de cervicero enjaezado con las cadenas sacadas de Newgate, cuyo estruendo acompañaba cada uno de sus pasos, hicieron al menos veinte veces desesperadas tentativas para forzar el paso y prender fuego á la casa del negociante de vinos y licores, y otras tantas veces fueron rechazados con gran pérdida, lo cual no les impedía reiterar el ataque. Aunque el bandido que los dirigía y mandaba formaba un blanco muy visible porque era el único que iba á caballo, no pudo alcanzarle ninguna bala; cada vez que la humareda de la descarga se desvanecía podia estarse seguro de volverlo á ver en el mismo sitio, llamando á sus compañeros con voz ronca, blandiendo su hacha sobre la cabeza y tomando nuevo ímpetu como si llevara un talisman que le protegiera la vida ó estuviera á prueba de pólvora y balas.

Era Hugo que se veía en todas partes como un ángel exterminador.

El habia dirigido dos ataques contra el Banco, habia ayudado á destruir las barracas de la cabeza del puente de Black-Friars sembrando con el dinero de los recaudadores el empedrado, habia prendido fuego con su propia mano á dos cárceles, y allí, en todas partes y siempre, estaba en la vanguardia, siempre en movimiento, descargando hachazos sobre los soldados y haciendo oír la música de hierro de su caballo sin que se parase ni retrocediese un momento.

Cercado por un lado, se abría paso á viva fuerza por otro, y obligado á retirarse por un punto, avanzaba casi al instante por otro distinto.

Rechazado de Holborn por la vigésima vez, espolcaba el caballo al frente de un crecido grupo de insurgentes hacia San Pablo, atacaba una compañía de soldados encargados de la custodia de los presos detrás de las verjas, les obligaba á retirarse, se apoderaba de los presos, y con este refuerzo volvía á la carga en el delirio del vino y de la rabia excitándose con sus gritos como un demonio.

El jinete mas hábil se hubiera visto en apuros para sostenerse á caballo en medio de tal multitud y semejante tumulto, pero aunque este furioso se agitaba sobre el caballo, que no llevaba silla, como una barca azotada por el mar, jamás se caía al suelo ni dejaba de dirigir el animal adonde queria. En las filas mas apiñadas, sobre los cadáveres y los restos inflamados, ora en las aceras, ora en el arroyo, ya subiendo sobre los escalones de un portal para que le vieran mejor los suyos, ya abriéndose paso al través de una masa de seres vivos, tan unida y compacta que hubiera podido andarse sobre las cabezas sin tocar el suelo, corría de un lado á otro, seguro siempre de vencer todos los obstáculos. Y tal vez á este mismo ardimiento debia el no haber recibido aun ninguna bala, porque su extremada audacia y la certeza de que era uno de los jefes cuya cabeza habia sido puesta á precio por la proclama oficial, inspiraban á los soldados el deseo de cogerle vivo y desviaban muchos tiros que, á no ser por esta circunstancia, no se hubieran alejado de su pecho.

El negociante y M. Haredale, no pudiendo estar por mas tiempo tranquilamente sentados escuchando el extruendo sin ver lo que sucedía, habian subido al tejado de la casa, y ocultos detrás de una chimenea, miraban con precaucion hacia la calle. Les animaba la esperanza de que, tras tantos ataques rechazados siempre, los invasores tendrian que ceder, cuando un gran clamoreo les anunció que llegaba una nueva turba por el extremo opuesto de la calle y el espantoso estruendo de las cadenas les advirtió al mismo tiempo que Hugo estaba al frente de aquella turba. Los soldados habian avanzado hasta Fleet-Market donde dispersaban á los revoltosos, y esta circunstancia permitió á Hugo y á su gente llegar sin obstáculo hasta delante de la casa.

— Todo está perdido ya, dijo el negociante, dentro de un minuto van á tirarse á la calle cincuenta mil libras esterlinas. Lo único que nos resta es ver si podemos huir y salvar nuestras vidas.

Su primera idea fué deslizarse como pudieran á lo largo de los tejados de las casas y de ir á llamar á la ventana de alguna guardilla para que les dejasen entrar y bajar á la calle para huir, pero otro grito mas furioso aun salió del populacho, cuyas cabezas estaban vueltas hacia ellos, y les anunció que habian sido descubiertos y hasta habian reconocido á M. Haredale, porque Hugo, viéndole al resplandor que despedía un incendio inmediato, le llamó por su nombre jurando que tenia sed de su sangre.

— Dejadme, dijo M. Haredale al negociante, y en nombre del cielo, huid, amigo mio... Sube, sube, gritaba con furia volviéndose hacia Hugo sin pensar en ocultarse é inclinando el cuerpo hacia la calle. El tejado es alto, y si caes en mis manos, te juro que moriremos juntos.

— Es una locura, dijo el honrado negociante tirándole del brazo; es una locura. Tened juicio, señor, no hagais disparates. No podria ya ir á llamar á una ventana, y aun cuando pudiera, no encontraria nadie que tuviera valor para proteger mi fuga. Bajemos á las bóvedas, donde hay un paso que da á la calle y por el cual entramos y sacamos los toneles. No perdaís un instante; venid conmigo... por nosotros dos... por mí, caballero.

Mientras hablaba y tiraba del brazo á M. Haredale, pudo como él dirigir una mirada hacia la calle, una simple mirada, pero que bastó para hacerle ver la turba apiñada contra la casa, unos con armas forcejando en la primera fila para hundir las puertas y las ventanas, otros con la cara levantada hacia los tejados, siguiéndoles en su fuga y designándoles á sus compañeros, y todos furiosos y bramadores como las llamas que habian encendido.

Vieron hombres ávidos de los tesoros de licores que sabian que estaban amontonados allí; vieron otros heridos, tendidos en el suelo y moribundos, en los callejones de enfrente, miserables abandonados en medio de aquella inmensa muchedumbre; aquí una mujer aterrada que pugnaba por huir, allá un niño perdido, y mas allá un innoble ebrio que sin apercibirse siquiera de una herida mortal que habia recibido en la cabeza, gritaba y luchaba hasta exhalar el último suspiro. Todo esto vieron claramente hasta con una infinidad de incidentes vulgares, como un hombre que habia perdido el sombrero, ó se volvía, ó se inclinaba, ó que daba un apretón de manos á otro, pero con una mirada tan rápida, que con solo dar un paso para retirarse, perdieron de vista todo aquel espectáculo y no vieron mas que su palidez mortal y el cielo enrojecido sobre sus cabezas.

Los golpes resonaban como el trueno en las puertas y ventanas; las barras trabajaban ya en la puerta principal; caían con estruendo los cristales, una luz brillante penetraba por las mas angostas aberturas, y oían hablar á los rebeldes tan cerca desde cada puerta que se hubiera dicho que aquellos bandidos les murmuraban al oído con voz ronca amenazas de muerte.

(Se continuará.)

El pais de los mormones.

(Continuacion. — Véase el número 188.)

Un viajero amigo nuestro, conversaba con Brigham Young y su secretario Jorge Smith, pariente del profeta fundador del mormonismo, y viéndoles á entrambos convencidos del inmenso porvenir de su religion, les preguntó si se prometían convertir positivamente al mormonismo á la nacion francesa.

Brigham Young reflexionó algunos momentos, y contestó:

— No; los franceses son menos accesibles que los demás pueblos religiosos. Demasiado imbuidos del filosofismo de Voltaire, son indiferentes á las verdades de la fe, y solo cultivan las ciencias, que no comprenden, porque no reconocen que vienen de Dios. Cuando sus inteligencias se hayan abierto lo bastante para comprender algo de las ciencias, descubrirían que solo en el pais de los mormones se halla la verdad, y que tarde ó temprano nuestra doctrina debe reformar la sociedad toda.

Sea como quiera, lo cierto es que los mormones habrian desaparecido hace ya largo tiempo, si desde el origen de su primer establecimiento en Nauvoo los americanos no hubiesen cometido la inmensa falta de quererlos convertir en mártires.

Sabido es que José Smith y su digno hermano Hurm fueron encarcelados y luego despedazados por la muchedumbre.

No se necesitaba mas para inmortalizarlos.

De Nauvoo los mormones se trasladaron á las montañas de Utah, en donde se encuentran sitios grandiosos, como el Salto del Diablo, que representa uno de nuestros dibujos.

Aun en el día se equivocan los americanos persiguiendo á los mormones. No conozco yo á ninguna secta que haya muerto sofocada por la persecucion; y en cambio, cuantas veces un gobierno persigue á hombres que profesan una creencia cualquiera, sucede que en virtud de una ley de equilibrio, los perse-

guidos, que eran débiles, se trasforman en una potencia.

Que Brigham Young sucumba en la lucha, y la importancia del mormonismo se aumentará seguramente. No faltan apóstoles que aspiran ya á recoger su herencia.

Jorge Smith, el consejero íntimo, el secretario predilecto del papa, tiene ciertos derechos á la sucesion. Su nombre es venerable, y corre en sus venas la sangre del profeta. Está en la fuerza de la edad, y es hombre apto para continuar la obra comenzada.

Triunfantes ó vencidos, los mormones tendrán la honra de haberse valerosamente establecido á la puerta del desierto. Gracias á ellos, gracias á la instalacion del ferro-carril y de la línea telegráfica, el Atlántico y el Pacífico se dan la mano, Nueva York y San Francisco vienen á ser en realidad dos ciudades hermanas.

Echemos una ojeada diez años atrás, y podremos hacernos cargo de los cambios efectuados. Un servicio de *poney express*, organizado con gran trabajo, funcionaba entre el Misisipi y San Francisco. El *poney* era una estafeta á caballo, encargada de la correspondencia, y que exponiendo su vida, atravesaba las inmensas soledades. El trayecto se hacia en diez ó doce dias de San Francisco á las orillas del Pacífico. Algunos desdichados mensajeros fueron escarpelados por los salvajes.



LOS MORMONES. — Jorge Smith, secretario de Brigham Young.

— ¿Qué importa? decian los yankees. *go ahead!*

Y otros los reemplazaban.

Despues vino la diligencia; pero ¡qué viaje! Siempre entre cielo y tierra; tales eran las variaciones. Volcaba dos ó tres veces; de todos modos, se llegaba, poco mas ó menos, á la hora prometida.

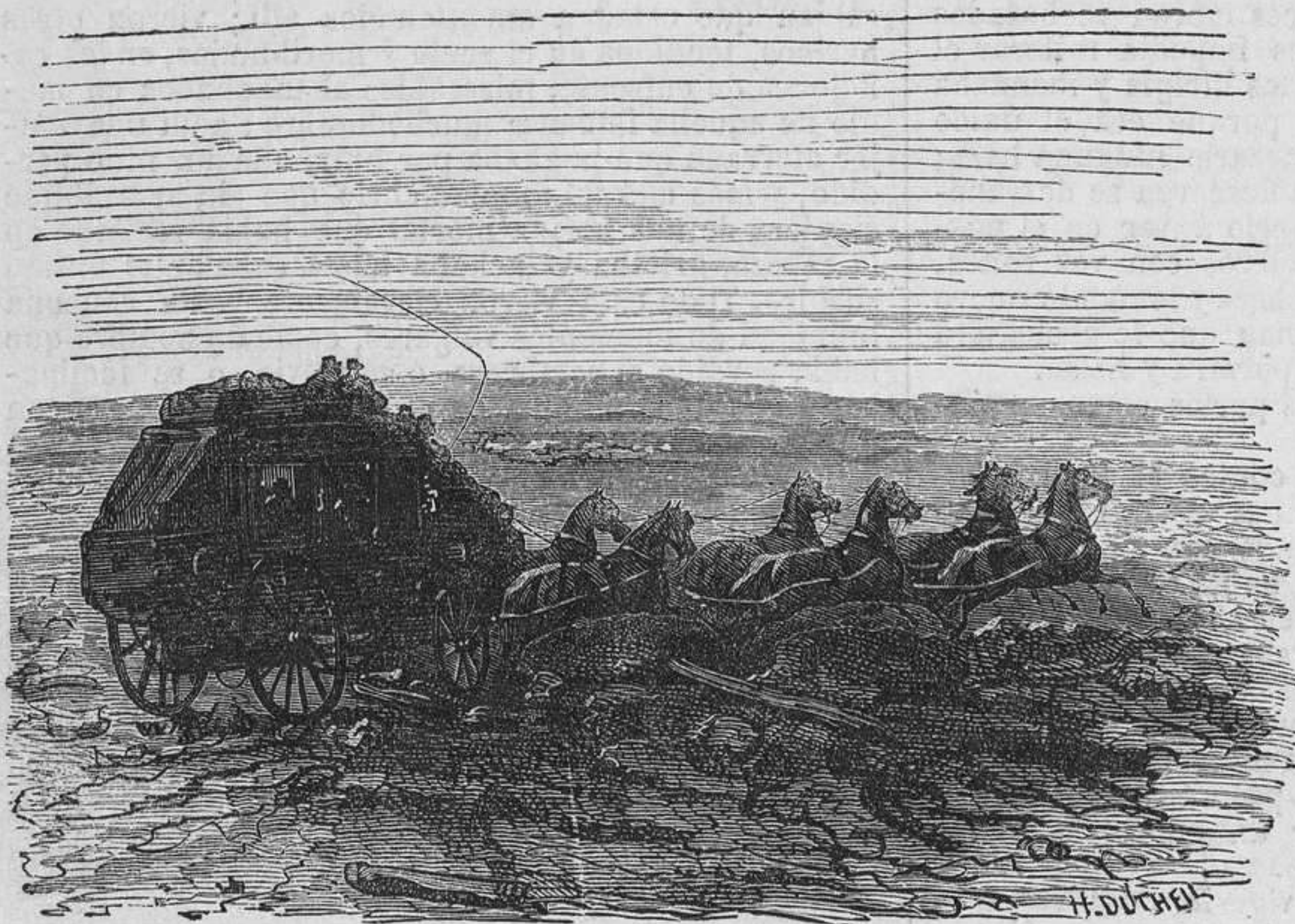
Muy á menudo los indios atacaban á los viajeros, que, preparados á todas las eventualidades, se defendian á tiros. Todo esto se consideraba como simples aventuras de viaje.

Un yankee me decia, no hace mucho tiempo, que la expedicion era muy agradable. Es verdad que habia recibido una herida en la pierna, pero tambien habia dado muerte al salvaje.

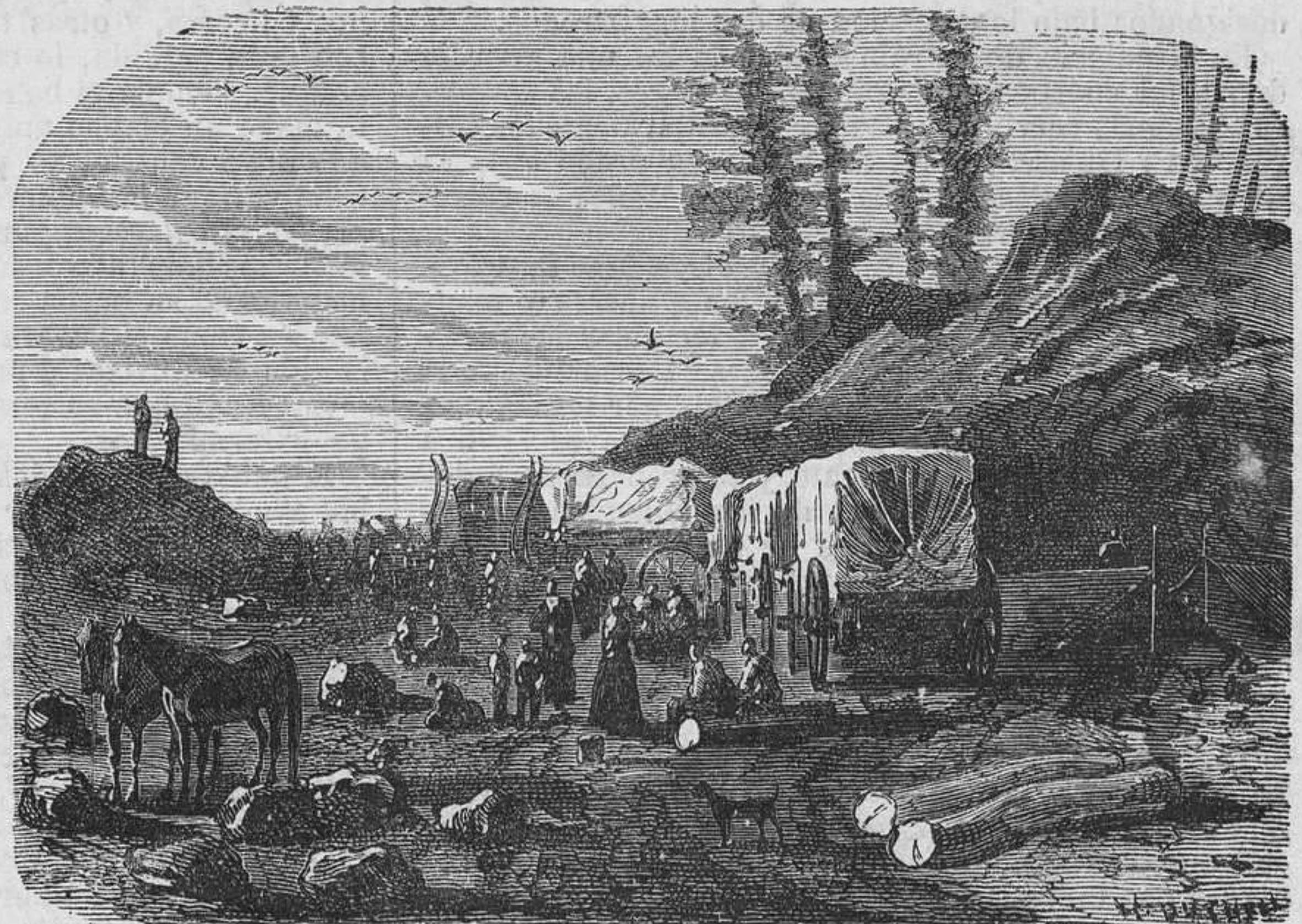
Los emigrantes, menos aficionados á tales emociones, temian aquel camino interminable al través de senderos apenas trazados; ponianse en viaje con enormes carros cargados con sus equipajes y sus viveres, y seguian el mismo camino que el correo.

Al caer la tarde hacian alto, reunian en círculo los carros, y algunos hombres de la caravana, con la escopeta ó la pistola en mano, interrogaban al menor ruido que se oia en las cercanias.

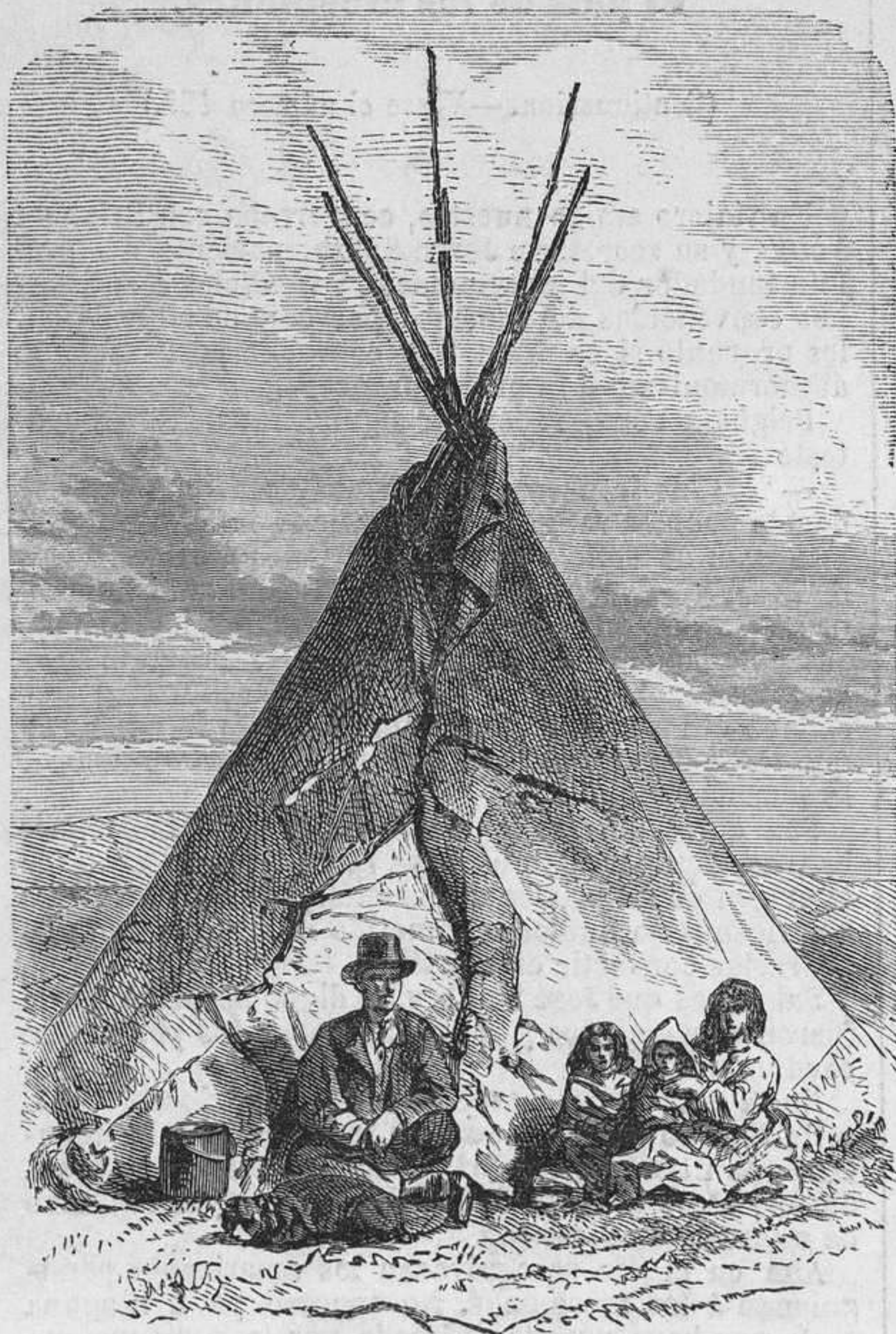
Ahora bien, el atractivo del peligro y de las emociones es tan fuerte, que conozco yo personas que echan de menos



La diligencia americana.



Un alto de emigrantes.



Wigwam indio.

aquellos dias pasados en medio de las soledades.

Así andaba la caravana hasta ochocientas leguas.

Muchas veces la diezaban enfermedades contagiosas, faltaba yerba para pasto de los animales, y el camino se convertia en un inmenso osario.

En 1851, de 80,000 emigrantes procedentes de California, cerca de 50,000 se quedaron en la vertiente oriental de las montañas Pedregosas, muertos por el hambre y por la fiebre tifoidea. La ausencia de pastos fué la causa de tan espantoso desastre.

En presencia de la civilizacion que cruza ahora á todo vapor aquellas praderas ó aquellas antiguos bosques, los indigenas americanos se refugian mas lejos aun, y se han acantonado en un punto en la comarca, que se llama hoy *territorio indio*.

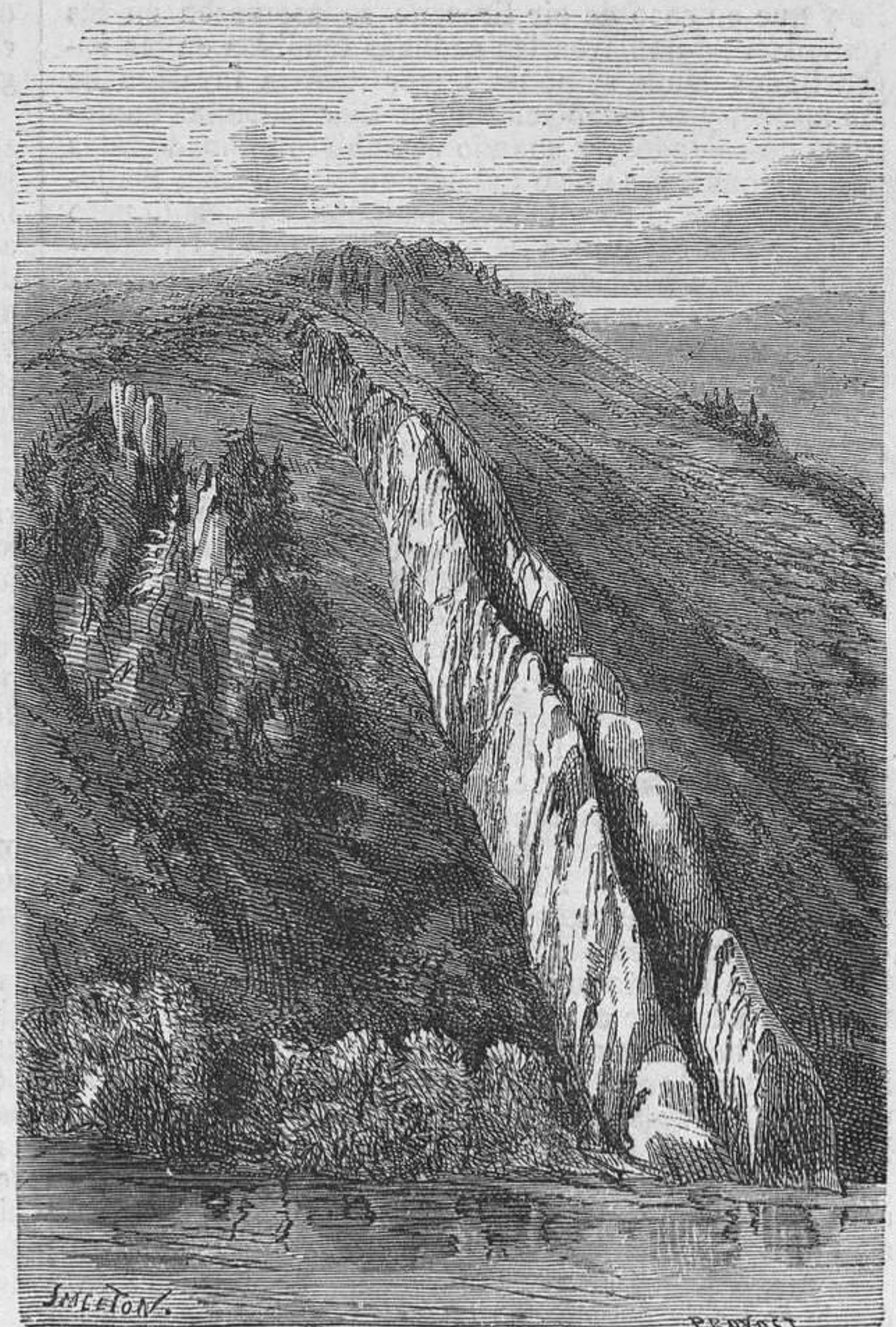
Los tales salvajes desaparecen subyugados, mas no avasallados. Un rasgo notable es su obstinacion en su principio de aislamiento; abandonan la plaza incapaces de vivir al lado de los norteamericanos, pero jamás se doblegan á sus leyes. Con ese orgulloso desden se vengan de su derrota.

Desde el fondo de sus wigwams esperan todavia los indios dias mejores. Su leyenda tradicional es curiosa:

«El primer hombre amasado por Manitu no se coció bastante en el horno, y salió blanco; el segundo se coció demasiado y salió negro. Manitu se aplicó mas la tercera vez, y el hombre salió cocido á punto: es el indio.»

Con poco se dan por satisfechos.

R. C.



El Salto del Diablo.